

REDENCION HUMANA

Donde con más vivos resplandores que reflejan la nobleza y dignidad humana es en el Gólgota y al pie de la Cruz, pues en ella quiso morir, por amor al hombre, su mismo Divino Hacedor.

Mientras exista el espíritu humano, y en él las leyes del sentimiento y de la razón, el recuerdo del sacrificio consumado en el Calvario será el drama más sublime y ejemplar que, sin tener parecido a ninguno de los realizados en la vida del mundo, se ha desarrollado entre los hombres; será un episodio de extraordinarias emociones y meditaciones infinitas que encierran, no sólo profundas enseñanzas para los pueblos, sino un consuelo para todos los infortunios y una esperanza para todos los progresos.

La sangre del Justo, del Hijo de Dios, del Salvador del mundo, derramada en el Calvario; cayó cual benéfico rocío sobre la humanidad entera; y cada gota bastó a lavar las culpas de millones de hombres, como cada rayo de sol hace vivir a millares de seres.

No puede hacerse sacrificio más enorme y más sublime que el de la Pasión y Muerte de Cristo, ni puede concebirse resultado más grandioso que el logrado por la divinidad del protagonista.

Desde que el Hombre-Dios, héroe el más justo de los justos, el más santos de los santos y el más piadoso de los piadosos, por su propia omnipotente voluntad quiso morir por la redención del linaje humano; y morir con la sonrisa en los labios, perdonando a los enemigos, más que perdonándose, salvándose, han transcurrido mil ochocientos ochenta y un años, larguísimo período durante el cual se ha perdido la memoria de tantos suplicios como se han realizado después, sin que ninguno, fuera de aquél, sea origen de una redención y de las eternas y sublimes verdades que hoy son el fundamento de las sociedades modernas y siempre el ideal más grande, el ideal excelso de las generaciones futuras.

Veinte siglos han pasado y con ellos innumerables razas; las generaciones se han sucedido, han caído importantes imperios, fundáronse Estados, monarquías y repúblicas; cruzaron por la conciencia infinitas ideas y cambiaron los usos y las costumbres de los pueblos; pero aquella verdad revelada por el Divino Mártir de Judea, desde ignominioso patíbulo, no ha podido borrarse de la mente de los hombres, ni de su conciencia las enseñanzas de su doctrina, ni de su corazón el amor de quien les salvó.

Y es que las obras de Dios, a diferencia de las humanas, no se realizan para después perecer y morir; por eso se ve que el Divino Autor, con su poder infinito, ha puesto en la muerte la eternidad, en lo mutable y transitorio la inmutabilidad, en lo finito la imagen de lo infinito.

Ante la magnitud del drama horrible del Calvario, perpetua redención del mundo, que empieza en el idilio de Jerusalén, quedan anulados y oscurecidos todos los demás hechos que por su dolor brillan en la historia; Jesucristo muere perdonando y bendiciendo, y al pronunciar su postrer palabra, con las losas de las tumbas que se abrieron, abriéronse también las puertas de los Cielos. Nada hay en el mundo que se preste tan elocuentemente a la meditación como los grandes misterios de la Redención humana, grandes misterios que son un poema de todas las grandezas humanas y divinas y un hecho que no puede ser desfigura-

do, pues fué harto público y solemne.

No es, pues, posible a ninguna alma religiosa, cuando la Semana Santa se acerca, dejar de embargarse en estos recuerdos de Jesús, que despiertan el misterio de nuestra existencia y de nuestro origen, la exclusiva esperanza de nuestro porvenir, y que son como una ablución refrigerante para el espíritu caldeado por las carnalidades de la vida y un atractivo suave y de seducción irresistible y asequible de nuestra grandeza. Nuestro siglo desmemoriado, indiferente y ciego, no quiere unánime confesar y reconocer a Jesucristo; muchos desgraciados combaten por sistema su doctrina y no faltan multitudes extraviadas que, renovando las escenas horribles del Pretorio y repitiendo las blasfemias sangrientas de la plebe revolucionaria de Jerusalén, quieren hoy para la iglesia un nuevo Calvario. Por eso nosotros, los católicos, debemos oponernos con todas nues-

tras fuerzas y con todos los medios lícitos a ese avance de la impiedad y del pueblo judaico que, después de poner a Cristo en la Cruz, quiere todavía, como quien apaga una bujía, apagar de la memoria el recuerdo de aquel inmenso sacrificio. ¡Vano intento! Por fortuna, muchedumbres de todas las razas y de todas las lenguas, hijos fidelísimos de la iglesia, sin vacilaciones ni distinguos, interpretan recta, sencilla y cristianamente los misterios de la Redención, y adoran y bendicen a Jesucristo, estando prontos a dar la vida en testimonio de la verdad que la Cruz simboliza. Hermoso espectáculo que, con la voz de veinte siglos, llama a nuestra memoria y nos presenta a la Humanidad y sus generaciones comulgando con estas divinas doctrinas, postrados en las oscuras naves del templo que nos muestra a Jesús entre luces amarillentas con su faz sudorosa y agónica, transmitiendo en su imagen de martirio su principio en la

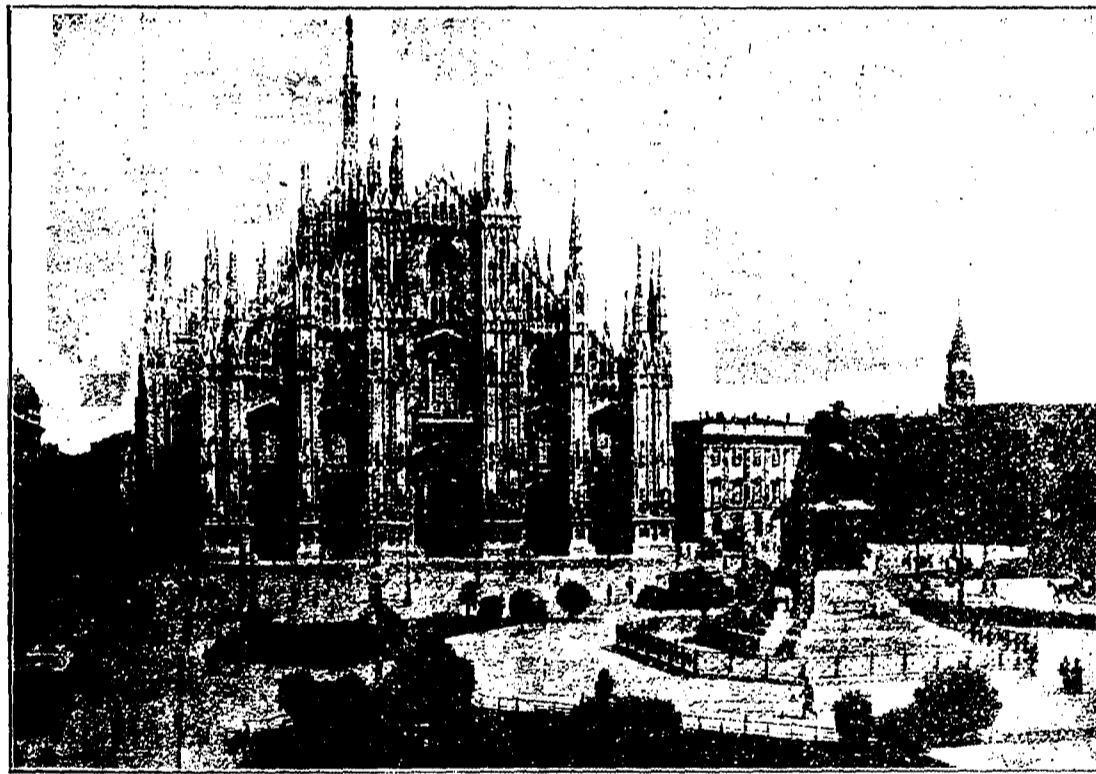
muerte, su ley en la justicia y sus destinos en la eternidad. Si el mundo creyese, el mundo sería salvo mil veces.

¡Dichoso el que cree! Lo que para éste es verdad inconcusa que ilumina los pasos, de otra manera tan inciertos en la vida, lo que le infunde gratísima esperanza de un porvenir feliz, es para él indiferente y para el incrédulo absurdo, escándalo y locura. Tal ocurre con los misterios de la Cruz.

Sea en todo tiempo nuestra divisa y nuestra guía Jesucristo y su Cruz; ella nos salvará. Impregnados de su savia vivificado, sentiremos que las fibras de nuestros corazones no vibren sino de amor al que se sacrificó por salvarnos; pues ni aún haciéndolo así, podrá siquiera aproximarse nuestra gratitud a la altura que alcanzó el sacrificio de Dios.

R. MENDEZ GAITE
Presbítero

EL MUNDO de hoy consta de seis páginas.



LA CATEDRAL DE MILAN
EN LA QUE S. S. PIO XI HIZO SU SOLEMNE ENTRADA COMO ARZOBISPO EL 8 DE SEPTIEMBRE DEL AÑO ULTIMO

CRÓNICA

EL VELO DE VERONICA

Cuando Jesús, cargado con el fardo de la miseria humana, desfalleciendo bajo el peso de las iniquidades amontonadas por los siglos, golpeado, herido, villipendiado, caminaba hacia el Gólgota, unas cuantas mujeres, ni jóvenes ni bellas, ni ricas, pero de alma serviente, escucharon su dolorosa marcha.

Reían los soldados, injuriándolas con brutales apóstrofes; burlábanse los fariseos, con palabras equívocas, de aquella piadosa fidelidad al joven Nazareno; los Doctores escandalizábanse severamente, aconsejando a los soldados que alejaran por fuerza aquel grupo de perdidas...

Impasibles, sordas a los ultrajes, cubierto el rostro de lágrimas, seguían adelante, insensibles a todo lo que no era «aquel» dolor divino, ignorantes de todo cuanto no fuera El.

Sin embargo, ¿qué había El hecho por ellas? Predicarles la indulgencia y la caridad, lamentarse de sus infortunios, curar las secretas heridas de sus recuerdos...

Pero eso bastó para que lo amaran, y lo amaron como el espectro de las ilusiones muertas, como su hijo, como su her-

mano, como el principio mismo de toda Justicia.

Y pues que su hora era llegada, caído y de todos abandonado, ellas seguían más de cerca aún que en los días del triunfo, cuando Jerusalén, ante la humilde y blanca cabalgadura, extendía mantos y tapices de fina lana y agitaba las doradas palmas y los ramos de oliva.

Un príncipe de los sacerdotes, movido a piedad, les indicó que marcharan a distancia del siniestro cortejo; de otra manera quedarían confundidas para los Poderes públicos en el odio y en las responsabilidades del réprobo. Pero Jesús acababa de caer por vez primera, y «ellas» no quisieron escuchar al príncipe de los sacerdotes.

El triste grupo, con sus vestiduras negras o grises, sumábase resueltamente al de los soldados, sayones y fariseos. Y cuando Simón, hombre caritativo, después de haber aliviado a Jesús del peso de la cruz durante una parte del camino, tuvo que alejarse para no disgustar a los pretorianos, las pobres mujeres besaron sus manos al pasar.

...Un sudor de sangre oegaba al condenado; brotaba bajo su corona de espi-

nas: corría de todo su cuerpo torturado... No podía distinguir el camino, y de piedra en piedra iba tropezando y cayendo.

En una de aquellas angustiosas caídas, una mujer se destacó de entre sus compañeras. Era una viuda muy pobre, en el ocaso de la juventud. Llamábase Verónica. Desprendiendo el velo en que envolvía su cabeza se acercó resueltamente al caído, y en la fina tela, perfumada de lavanda, recogió aquel sudor sangriento.

...Poco después, quedaba el holocausto cumplido.

Pero ¿podía semejante audacia pasar inadvertida ni quedar sin castigo? ¿Cuál era su origen? No importaba saberlo. Lo principal del caso estaba en el ultraje a las autoridades, en la censura hecha por tal acto de misericordia a los indispensables rigores.

Desde que el Nazareno, con su horda de miserables, había corrompido el espíritu popular y llevado la rebeldía de Galilea al corazón de la misma Jerusalén, no había manera de que entre la ley y el culpable dejara de interponerse la com-

pasión. En las Gennas y en las ergástulos se levantaba todos los días entre el señor y el esclavo el velo de aquellas infamadas mujeres. Y ahora no se detiene la compasión ni ante los criminales del Estado, y sube hasta la terrible colina.

¿Quién fundará de ese modo un poder fuerte?

Verónica fué detenida al día siguiente en su humilde casa.

Como acusada de tan gran crimen, no sabía cuándo podría volver, llevó con ella su manto y su velo, plegados cuidadosamente desde el día anterior, y siguió a los soldados.

Cuando compareció ante el juez, éste le dijo:

—¿Por qué has ofendido al gobernador, mostrándole favorable a los castigados por su justicia?

Verónica respondió:

—No he pensado un momento en el gobernador ni en tí, magistrado de la ciudad. He cumplido mi deber de mujer cristiana, acudiendo al remedio y al consuelo del Pobre, cualquiera que sea su nombre, de mi secta o de otra, porque yo estoy presente en su carne, en su alma.

—Eres una rebelde.

No; soy una mujer que ha sufrido; un corazón que ha llorado y que trata de consolar los dolores que ya conoce.

—Eres una culpable...

—No; soy una cristiana. Mi casa es lugar de asilo; doy a mis hermanos cuanto tengo...

—Vas contra Barrabás...

—Voy... Y esa es mi gloria. Porque si yo defiendo a Cristo contra Barrabás, lo defiendo igualmente contra los mercaderes del Templo, los publicanos, los prevaricadores y los fariseos...

—Sabes defenderte.

—Es que Dios está conmigo...

Fuera, la turba gritaba: —¡Muera verónica!

Repentinamente, sobre la mesa del juez se levanta un resplandor de aurora. El velo de verónica había sido desenvuelto por una mano misteriosa y aparecía colgado de unos clavos invisibles: flotaba como la neblina sobre el lago. Y resplandeciendo con cegadora luz de astro, grabada con rayos de sol sobre el tejido grosero, vióse en el centro del velo la faz del Santo de los Santos, bajo su diadema de espinas, con los ojos cerrados...

Moviéronse los párpados, entreabrióse la boca, y una divina voz suspiró:

—Sigue mi fé, ¡oh mujer!... La sola inmutable, la sola eterna, aquella que yo he proclamado por toda una eternidad desde la cumbre del calvario. La Humanidad soy yo; quien la sirve, me honra; quien la desdena me ultraja. Y el Pobre es la hostia viva en que se encarna mi divinidad. Continúa tu camino. Al través de las desconfianzas o de los peligros, entre los odios fratricidas de los hombres, cumple tu misión de amor y de piedad.

Con su mano trémula, Verónica besó el velo, y desplegándolo ante ella, escudo, égida y bandera, —fué, sin resistencia, al través de la Palestina, hacia las regiones desconocidas, hacia los mundos nuevos...

J. B.

La liberación de Jerusalén

RECUERDOS DE PALESTINA

El cien veces histórico territorio en cuyos valles y montes se asentó un tiempo el poderoso reino del rey profeta y de su hijo el rey sabio ha tenido, desde los albores de nuestra Era, vivísimo interés para las naciones cristianas, porque fué el bíblico y a la par trágico escenario de la redención del linaje humano. A orillas de los tranquilos lagos de Galilea y al pie de las tornasoladas montañas de Palestina se congregaban las multitudes ansiosas de escuchar aquellas palabras de amor, de clemencia y de misericordia, que, como nuevo e invisible maná, caían de los labios del Divino Maestro para espiritual alimento de las hambrientas almas.

Con razón llaman los cristianos «Tierra Santa» la que hollaron los pies del que vino del cielo para enseñar a los hombres el camino, la verdad y la vida, triunfantes del aguijón de la muerte. Con razón llaman «Santos Lugares» a los que en tierra de Judea fuéron escenarios del nacimiento, vida, predicación y muerte del Hijo del Hombre, cuya memoria resiste victoriosa los olvidos del tiempo y se mantiene viva y perdurable de generación en generación.

Pero parece como si Dios hubiese querido poner a prueba la fe de los cristianos, y dándoles ocasión para el dilatado ejercicio de la perseverancia, permitiéndoles que aquella Tierra y aquellos Lugares Santos, que por ley de natural herencia debían ser patrimonio común de toda la Cristiandad, cayeran en poder de los fanáticos musulmanes, perpetuos e irreconciliables enemigos del nombre cristiano.

En cumplimiento de las profecías que predijeron la ruina del pueblo hebreo y la destrucción del famoso templo salomónico, del que no había de quedar y, en efecto, no quedó piedra sobre piedra, el emperador romano Tito cercó estrechamente a Jerusalén, después de haberse apoderado de las mejores plazas fuertes de Palestina, y la ciudad a un tiempo santa, mártir y deicida sucumbió a los embates del sitiador. Seiscientos mil judíos perecieron en aquel asedio, el más horrible que jamás haya sufrido ciudad alguna.

Todavía tardaron dos años los romanos en rendir las últimas fortalezas de Judea, sobre todo las de Maqueronte y Masada, cuyos defensores prefirieron matarse, como los numantinos, a capitular con el vencedor. No obstante los estragos de tan acerba campaña, aún quedaba Palestina con suficientes habitantes para formar una provincia del imperio romano; pero el año 135 un impostor, llamado Barcoquebas, se presentó al pueblo como el Mesías prometido, y alentados los judíos por tan loca confianza, se sublevaron de nuevo en tiempo del emperador Adriano, que devastó el país convirtiéndolo en desierto y vendió como esclavos a sus últimos habitantes. Desde entonces dejó de existir la nación judía, aunque la raza, esparsa por todos los ámbitos de la tierra, ha conservado sus rasgos característicos e inconfundibles, prevaleciendo contra las innumerables persecuciones, matanzas, destierros, injurias y animosidades de que ha sido rebeldé víctima en el transcurso del tiempo.

La tierra que fué testigo de las victorias de los Jueces y los Reyes contra los pueblos comarcanos que periódicamente oprimían a los israelitas; la tierra empapada con la sangre del Redentor, tiene todavía para el Cristianismo el encanto y la poesía de los recuerdos inolvidables, de los misterios augustos, de los hechos que, asociados ha veinte siglos, parece como si acabaran de suceder o estén perpetuamente sucediendo en el tiempo y en la eternidad. Aún resuena en la cumbre del Sinaí el estruendo del trueno y el fulgor del relámpago que acompañaron a la promulgación de la única ley inderogable en los códigos de la naturaleza humana. Perdura el eco de los cánticos de Moisés y Débora, de los salmos de David, del «Cantar de los Cantares» de Salomón. No se ha desvanecido el eco de las lamentaciones y trenos de Job, y aún escucha el mundo la voz de los apóstoles que anuncia el Evangelio de Jesús.

En vano estremecieron aquel sagrado suelo las pisadas férreas de las romanas legiones y los galopantes cascos de la caballería árabe. Ni el paganismo idólatra de los Césares ni el islamismo fatídico de los Califas lograron borrar las divinas huellas del Ungido.

Bajo el dominio de Roma y después de Bizancio estuvo Palestina, hasta que en el año 1071 se apoderaron de ella los turcos, que de victoria en victoria amenazaban a la capital del imperio de Oriente. La profanación de los Santos Lugares y las vejaciones a que los turcos sometían a los cristianos que iban en peregrinación a Jerusalén conmovieron profundamente el corazón de Pedro el Ermitaño, cuya ardosa palabra inflamó el ánimo de la Cristiandad en el vehemente deseo de arrebatar la ciudad santa de manos infieles. Así surgió la primera cruzada, que al mando de Godofredo de Bouillón, duque de Lorena, y formada por un ejército de 300.000 hombres, pasó el Bósforo, apoderándose de Nicea y Antioquia, cuyo dominio les dejó libre el camino de Jerusalén. Sólo quedaban 25.000 hombres del poderoso ejército salido de Occidente; pero animados por la fe en la santidad de su empresa, prosiguieron la marcha, y al divisar las almenas de la torre de David y la cumbre de Sión se prosternaron humildemente, con los ojos arrasados en lágrimas, y renovaron el juramento de liberar a Jerusalén o morir en la demanda. Era el año 1099. Estaba entonces la ciudad poderosamente defendida por altas murallas, profundos fosos y una guarnición de 40.000 hombres, cuya enconada resistencia no impidió que los cruzados la tomaran por asalto el viernes 15 de Julio de 1099.

Sin embargo, no permaneció Jerusalén mucho tiempo en poder de los cristianos. Saladino, lugarteniente del sultán Nuredín, después de conquistar el Egipto y la Siria invadió el reino de Jerusalén, fundado por Godofredo, deshizo en la sangrienta batalla de Tiberiades al ejército de Goy de Lusitán, quien cayó en manos del vencedor, y recobró a Jerusalén con toda la Palestina.

Desde entonces, si prescindimos de la fugaz cesión de la ciudad santa por el sultán de Egipto al emperador Federico III de Alemania, cuyo matrimonio

D. Francisco González Vicente

FALLECIO EN PERALEJA (CUENCA)
EL DIA 6 DE ABRIL DE 1922
A LOS 65 AÑOS DE EDAD

DESPUES DE RECIBIR LOS SANTOS SACRAMENTOS

R. I. P.

Su desconsolada esposa D.^a Saturnina Sanabria Moreno; hijos doña Carolina, D.^a Candelas, D.^a Tomasa, D.^a Basilia, D. Francisco, don Eustasio, D. Marcelino y D. Florentino; hijos políticos D. Saturnino Parrilla, D. Cesáreo Parrilla, D. Isidoro Manzanares, D.^a Patrocinio Vicente y D.^a Tomasa Mellado; primos y demás parientes.

Participan a Ud. tan sensible pérdida y le ruegan una oración por el eterno descanso de su alma.

NO SE REPARTEN ESQUELAS

con Yolanda, hija de Juan de Briena, le había conferido el título nominal de rey de Jerusalén, quedó Palestina bajo el dominio de los turcos, que con el tiempo fueron suavizando las rigurosas vejaciones de que hacían víctimas a los peregrinos, hasta que últimamente eran ya los cristianos de todas las ramas y sectas dueños efectivos, aunque no soberanos, de la Tierra Santa. La mezquita y el templo, la capilla y la sinagoga gozaban de absoluta libertad religiosa en el recinto de la ciudad de David, gracias a la tolerancia de los musulmanes, o, mejor dicho, merced a la implícita cruzada moral de las grandes potencias, por cuya conmiseración, cimentada en el mutuo recelo, seguía existiendo en Europa el imperio turco, a cuyos sultanes y visires no se les hubiera consentido el más leve quebranto de la libertad de conciencia en la Tierra Santa, todavía sometida a su dominio político.

Pero la guerra que hoy asuela al mundo entero a fuego, hierro y hambre, ha venido a cumplir por desusados y providenciales caminos el no logrado anhelo de los cruzados medioevales. Sin necesidad de asedio ni asalto, por efecto de afortunadas operaciones militares contra las tropas turcas de Palestina, el ejército inglés, al mando del general Allenby, entró en Jerusalén, abandonada por sus seculares dominadores, el 9 de Diciembre del año último.

La primera providencia del libertador de Jerusalén estuvo animada del espíritu que alentó a los cruzados hace siete siglos, del espíritu de coalición y conciliación entre los príncipes cristianos, pues respetando la santidad de aquel suelo, consagrado por las oraciones de miríadas de peregrinos de la religión de Cristo, prometió desde el primer momento la protección armada de los Santos Lugares.

Cabe la esperanza de que las naciones cristianas de uno y otro bando beligerante estipulen de común acuerdo la neutralizada internacionalización de la ciudad davídica, igualmente sagrada para todos cuantos de veras siguen las doctrinas del invencible Galileo. No es conjeturable que vuelva Jerusalén al dominio otomano. Cristiana ha de ser por ley de herencia la cuna del cristianismo para que, desde ahora en adelante, se cumpla más plenamente la palabra del profeta que dijo: «Y acontecerá en lo postrero de los tiempos que será confirmado el monte de la casa de Dios por cabeza de los montes, y será ensalzado sobre los collados y correrán a él todas las gentes. Y vendrán muchos pueblos y dirán: Venid y subamos al monte de Jehová, a la casa del Dios de Jacob, y nos enseñará en sus caminos, y caminaremos por sus sendas; porque de Sión saldrá la ley, y de Jerusalén la palabra del Señor.»

Estas proféticas afirmaciones de Isaías enunciadas hace tres mil años, parece como si tuvieran acabada interpretación en la verosímil conjetura de ofrecer al Papa la liberada ciudad de Jerusalén, como sede apostólica que enlazaría en comunidad de sentimientos religiosos al mundo oriental con el occidental.

Pero dejando al tiempo las visiones del porvenir, no será delirio alimentar la esperanza de que hasta la consumación de los siglos ondee el estandarte de la roja cruz de los cruzados en la torre de David, para que cuando la paz vuelva a reinar entre los príncipes cristianos, y el restaurado mundo descueja la piedra de escándalo del odio en que tantas veces tropezara, acudan los pueblos al monte de Sión y escuchen tan atentamente al Hijo del Hombre que jamás se les olviden aquellas palabras que compendian todas las leyes divinas y humanas: «Amaos unos a otros como yo os he amado.»

En los días de Cristo se extendía la Palestina o Judea entre las montañas de

Galaad y el desierto de Arabia por oriente; la Siria y el Líbano por el norte; el Mediterráneo por occidente, y la Arabia Pétreá y Egipto por el sur. Su extensión superficial era de 18.000 kilómetros cuadrados, o sea, poco más o menos, la de las tres provincias catalanas de Barcelona, Gerona y Tarragona; pero su población era muy densa, y en los reinados de David y Salomón llegó a doce millones de habitantes, según testimonio de la Biblia.

Las montañas de Palestina serán eternamente famosas porque sus nombres son otros tantos recordatorios de la recondición del linaje de Adán. El Tabor, el Carmelo, el Olivete fueron testigos de la Transfiguración, del admirable Sermón llamado «de la Montaña» y de la patética oración de Gotsmani, en cuyo huerto arraigan todavía los olivos que estremecieron de angustia su ramaje al presenciar las congostas de la humana naturaleza del Salvador ante la inminencia del tremendo sacrificio que le aguardaba en la cima del Calvario.

La actual aridez del suelo de Palestina parece como si desmintiera las bíblicas descripciones de esta tierra, que a la vista de los exploradores enviados por Moisés manaba leche y miel. Pero de no ser cierta la fertilidad del país de Canaán, no hubiera podido sustentar hasta la harta al pueblo de Israel, ni sus libros sagrados nos encomiaran en pasajes escritos en épocas muy distantes unas de otras la fecundidad de sus valles y montañas, donde medraban lozanamente la vid, el olivo, la higuera, y el sicomoro, y las mieses se mecían henchidas de grano al beso del sol y las caricias del aire.

El reino de Israel, asentado en Palestina (si tomamos este nombre por equivalente al de tierra de Canaán), estaba distribuido en trece distritos, situados, diez de ellos, en la parte occidental del río Jordán y tres en la oriental. Llegó este reino al pináculo de su grandeza y poderío en los últimos años de David y durante el reinado de Salomón, quien heredó de su padre la mayor parte de la Siria y los países comprendidos entre el río Eufrates, el mar Rojo, Egipto y el mar Mediterráneo.

La tiranía de Roboán, hijo y heredero de Salomón, provocó la rebelión de diez tribus, que se declararon independientes, constituyendo el reino de Israel. Sólo las tribus de Judá y Benjamín permanecieron fieles a Roboán y formaron el reino de Judá.

Aparte de los trece distritos o repartos territoriales en que por ordenación política distribuyó Josué la conquistada tierra de Canaán entre las doce tribus (pues la de Manasés quedó separada en dos semitribus con distrito propio cada una), puede considerarse Palestina dividida geográficamente en cuatro comarcas naturales, a saber: Judea, Samaria, Galilea y Perea. Las tres primeras sobresalen principalmente en la historia sagrada, y de aquí la denominación comarcal de judíos, samaritanos y galileos que se daba a los nacidos respectivamente en cada una de ellas, aunque todos eran de linaje israelita.

Los cristianos que en estos últimos tiempos van en rápida y cómoda peregrinación a Tierra Santa, pueden hacerse cargo, durante el viaje, de las penalidades que habrían de sobrelevar los peregrinos cuando las plantas de los pies, auxiliadas por el bordón, eran su único vehículo. Ahora el peregrino puede hermanar la curiosidad devota con el regalo que la civilización le ofrece en trenes y buques de celérrima marcha y disfrutar del muelle hospedaje de los modernos hoteles; pero aunque la locomotora haya suplantado con sus resoplidos el cálido aliento de la mula y el buque, que a falta de ropas abrigaron al Divino Infante; aunque la luz eléctrica ofusque la vista del peregrino y no le deje ver la estrella de Belén; aunque los centinelas

de los ejércitos aliados custodien las tumbas de Raquel y de Abrahán, y hayan relevado a los soldados de Roma en la custodia del Santo Sepulcro, no por ello se amortigua la fe del peregrino cristiano, como tampoco los anaerionismos de los belenes infantiles, con sus trenes y aeroplanos y soldados, desvanecen la fe en el Redentor del mundo.

El movimiento sionista, al parecer favorecido por Inglaterra, propende a reconstituir la nación judía en su antiguo territorio de Palestina, cuyo suelo conserva latente la fertilidad que le hiciera famoso en tiempos de la conquista por los ejércitos de Josué. La llanura de Sareén, que se dilata entre Jaffa y Cesarea, produce abundancia de cereales, en proporciones de ocho por uno para el trigo y de quince por uno para la cebada. La comarca de Jericó y del mar muerto es otra llanura regada por el Jordán donde medran varios árboles frutales, entre ellos el naranjo y limonero, el granado y el morol. En los alrededores de Jerusalén puede cultivarse ventajosamente la vid con el olivo, la higuera y el nogal. La palmera medra lozana y fructífera en las cercanías de Gaza y Jaffa.

Si el movimiento sionista logra su ideal y quo por algún tiempo vuelvan los judíos a la tierra de que les expulsó el destino, no será extraño que actualicen con su proverbial laboriosidad las riquezas latentes en el suelo de Palestina. La Alianza israelita, mantenedora del movimiento sionista, se aprovechó de la Escuela de Agricultura, fundada por Carlos Netter en las cercanías de Jaffa, para educar en ellas a numerosos jóvenes judíos, que, después de cursada la carrera de perito agrónomo, van a dirigir y fomentar las diez colonias agrícolas que desde hace años se establecieron en Palestina, costeadas en su mayor parte por el barón Edmundo de Rothschild. Estas colonias netamente judías han convertido los yermos en vergeles, y análoga labor realizaron varias comunidades religiosas católicas, como los trapenses y benedictinos.

Desde luego que si se adoptaran en el cultivo del suelo de Palestina los procedimientos aconsejados por la moderna agronomía, fuera posible acrecentar cinco veces su producción y ofrecería numerosas ocasiones de establecer no pocas industrias rurales, en que, al amparo de la libertad del trabajo, encontrarían lucrativa ocupación muchos emigrantes europeos.

Durante la dominación turca ha estado Palestina sumida en milenario letargo, del que la ha despertado el estruendo de las armas, con promesa de incorporar sus naturales riquezas al torrente de la vida mundial.

FEDERICO CLIMENT TERRER.

Semana Santa en Cuenca

PROGRAMA

de las funciones religiosas con que se celebrará la Semana Santa del año 1922

MIÉRCOLES SANTO

12 Abril.—A las nueve de la mañana, en la S. I. Catedral, se celebrará Misa conventual, cantándose en ella la Pasión, según el evangelista San Lucas.

A las tres de la tarde, en la expresada Iglesia, serán cantados los Maitines o Tinieblas, y al final un Miserere a toda orquesta.

A las ocho de la noche, saldrá de la parroquia de San Esteban la procesión *Del Silencio*, en la que forman los pasos: Jesús Orando en el Huerto, El Beso de Judas, Jesús en el Pretorio, Arrepentimiento de San Pedro, Jesús ultrajado ante Anás y Caifás y Nuestra Sra. de la Amargura con San Juan Apóstol.

JUEVES SANTO

13 Abril.—A las ocho de la mañana, en la S. I. Catedral, y a las nueve en las Iglesias parroquiales y conventuales, se celebrarán los Oficios propios del día quedando expuesto Su Divina Majestad en los Monumentos hasta las nueve de la noche.

En los Oficios de la S. I. C. tendrá lugar la solemnísimas ceremonia de la Consagración de los Santos Oleos, por el Excmo. Sr. Obispo de la Diócesis. A los Oficios de la parroquia del Salvador, concurrirá en corporación el muy Ilre. Cabildo de Caballeros de Nuestra Sra. de la Soledad y Santo Sepulcro.

A las tres de la tarde, se hará en la Catedral, por el Excmo. Sr. Obispo, la piadosa, edificante y humilde ceremonia de Lavatorio de los pies a doce pobres.

A las cuatro de la tarde, saldrá de la ermita de San Antonio Abad la procesión de Pasión que organiza la Archicofradía de Paz y Caridad, y en la

que forman seis hermandades presididas por el Santísimo Cristo de las Misererordias, con los pasos: Jesús orando en el Huerto, Jesús en la columna, Jesús con la Caña, Santo Ecce-Homo, Jesús Nazareno con el Cirineo y Ntra. Sra. de la Soledad.

VIERNES SANTO

14 Abril.—A las cuatro de la mañana, se expondrá de nuevo a S. D. M. en los Monumentos, hasta los Oficios propios del día, que se celebrarán a las nueve, en la S. I. Catedral, cantándose en ellos la Pasión, según el evangelista San Juan, haciéndose la Adoración de la Santa Cruz y procesión del Santísimo, desde el Monumento a la Capilla Mayor.

A las seis de la mañana, saldrá de la Iglesia del Salvador la procesión *Caminando al Calvario*, en la que forman los pasos: Jesús Nazareno caminando cargado con la Cruz, Jesús Nazareno caído bajo el peso de la Cruz y la Verónica con el Santo Rostro, San Juan Apóstol y Evangelista y Nuestra Sra. de la Soledad, con sus respectivas hermandades.

A las diez de la mañana, de dicha parroquia del Salvador y de la de San Esteban, saldrá la procesión *En el Calvario*, compuesta de las hermandades y Pasos: Crucifixión, Exaltación de Jesús Crucificado, Agonía, Muerte y Lanzada, Descendimiento y Nuestra Señora de la Piedad o de las Angustias.

A las tres de la tarde, tendrá lugar en la parroquia del Salvador y en la ermita de Nuestra Señora de las Angustias, el ejercicio del *Via-Crucis*, predicándose en ambas iglesias el sermón de Soledad.

A las cinco de la tarde, saldrá de la parroquia del Salvador la solemne procesión del *Santo Entierro*, con asistencia de los acogidos en la Casa de Beneficencia, de todas las Hermandades, Seminarios, Cabildo Catedral y de Santa Catalina, Excmo. Ayuntamiento bajo mazas, Gobernadores civil y militar y el Excmo. Sr. Obispo con el tribunal eclesiástico.

En esta procesión, forman heraldos de la Fama y de Armas, niños pasionarios, Marta, Samaritana, Verónica y las tres Marías; los Caballeros de Nuestra Señora de la Soledad y Santo Sepulcro, que la costean, los que concurrirán con los hábitos y distintivos Capitulares.

La ermita de Nuestra Señora de las Angustias estará abierta todo el día y noche de Viernes Santo hasta el toque de Gloria del Sábado, en cuyo tiempo harán compañía a Nuestra Señora en su Soledad, los Hermanos de la Congregación y fieles difuntos.

Todas las procesiones harán estación frente a la S. I. Catedral, recorriendo las carreras acostumbradas de años anteriores y concurrirán los cofrades visitando las tónicas peculiares de cada Hermandad o Paso. A todas asistirán las bandas de música provincial y municipal, y por las capillas correspondientes será entonado el tradicional y patético miserere.

En la noche del Jueves a Viernes Santo, darán guardia y adoración al Santísimo, las Secciones de la Adoración nocturna en los Monumentos de la ermita de Nuestra Señora de la Esperanza.

SABADO SANTO O DE GLORIA

15 Abril.—A las ocho de la mañana, en la S. I. Catedral y en las demás Iglesias se celebrarán los Oficios y Misa de Gloria, haciéndose un repique general de campanas a la indicación de aquella.

BIBLIOGRAFIA

Colomba, novela, por Próspero Merimee.—Un tomo de 265 páginas.—Biblioteca popular Alvalde y ca. Madrid: 2,50 pesetas.

Pasan los siglos y las novelas en que intervienen bandidos tienen para todos, dicho sea con hidalguita, un atrayente encanto. El mismo cine logra los mayores éxitos con las películas en que el argumento gira a su alrededor. Y es que la bravura, aunque esté al margen o contra la ley, halla un eco seguro en muchos corazones. Próspero Merimee, el autor de *Carmen* y *Doble Error*, que fué un gran literato, en estilo exacto y muy suelto con animación de diálogo que subyuga historia en *Colomba* una venganza cursa, ayudada por la intervención de unos bandidos de leyenda. El tipo de *Colomba* la corsa, sedienta de vengar la muerte de su padre; la inglesa miss Lydia, que acaba enloqueciendo por orso cuando éste, obligado, mata, las costumbres de aquellas tierras lejanas y ardientes. De Córcega, están trazados de mano maestra. Y el lector que busque en la novela la pintura de costumbres originales, hechas con fidelidad un poco cromática; y la impaciencia avivada de buscar el desenlace hallarán en esta novela su apropiada obra.

VIND.

Los peregrinos de Emmaús

En el día tercero después de la crucifixión de Jesús, día solemne y maravilloso que había de ser memorable en el transcurso de los tiempos.

El sorprendente hecho sublimó como la creación del mundo y hermoso como el cielo que nos cobija y el sol que nos alumbraba, difundióse por todo Jerusalén y las vecinas comarcas. Los que fueran profanos a las doctrinas del Cristo mostraban asombro y temor, mientras en los creyentes fervorosos, hombres de buena voluntad y de sano corazón, todo era júbilo y contento y entusiasmo sin límites. En aquéllos dominaba un sentimiento de rencor y de codicia: en éstos, en cambio, la alegría bienhechora de haber visto realizada la divina promesa en que cifrará acaso su victoria y su triunfo como primeros soldados del Cristianismo.

¡Grande acontecimiento! Jesús había resucitado al tercer día como estaba escrito en los libros de Moisés. Y los falsos sacerdotes, venidos y atormentados por el remordimiento, retiráronse a sus templos.

Día magnífico y espléndido: el sol, más resplandeciente que nunca, había derramado sus tesoros de luz sobre la ciudad, cegaba con sus rayos a los incrédulos e inundaba de purísima claridad a los discípulos del Maestro, abriendo sus espíritus oscuros a la verdad suprema de lo inacabable, de lo eterno...

Había acontecido la resurrección del Cristo, Dios de Israel, Hijo de David... Nimbado de áureos y sutiles resplandores, como entre una nube impalpable y diáfana elevados los serenos ojos al Trono del Altísimo, el Rey de los judíos traspuso la losa sepulcral y desapareció en el éter...

Y, en tanto, los cristianos de Jerusalén estaban en gozosa fiesta por el magno suceso, arando ante el sepulcro los apóstoles, derramando lágrimas de mansedumbre y de consuelo las santas mujeres dos peregrinos, llamado el uno Cleofás, que siguieran al Mesías en sus predicaciones y milagros, caminaban hacia Emmaús, llenos de gran congoja. Habían salido de Jerusalén apenas despuntara el alba, y como no encontrasen a nadie en el camino, ignoraban la resurrección del Señor.

¡Qué profundo dolor y qué pesadumbre en el alma de aquellos discípulos humildes del Crucificado! Tanto les constriñó la terrible muerte de su Maestro, tanto habíales abatido la horrenda injusticia consumada y tan abrumados tenían el ánimo, que a duros esfuerzos podían andar. Apoyábanse en rústicos cayados, rendidos por el cansancio y la fatiga.

Empezaba a anoecer. Ni una sola nubecilla manchaba el firmamento azul; en el horizonte hundíase el sol en aguas de oro; mecíanse las olivas al impulso suave de un venticello acariciador, y en la lejanía celeste percibíase un punto resplandeciente; la primera estrella. Era un momento de serenidad apacible, hora de beatitud y de meditación, en que el Universo entero reflejaba en su ambiente el glorioso triunfo de la cristiandad.

Los dos peregrinos detuvieronse un instante en la marcha, y el uno al otro comunicáronse los pensamientos angustiosos de todo el día. ¡Tristeza infinita, amargura inenarrable de los hombres faltos de amor y de fe! Dudaban de que el Cristo pudiera resucitar. Ellos darían sangre y su vida por la del Redentor; mas era tan extraordinario el milagro. ¿Cómo El, —pensaban, recordando las exclamaciones de los furiosos— que salvaría al pueblo israelita de la ruina y del libertinaje, no había podido salvarse a sí mismo?...

El más anciano de los dos reflexionó, sin embargo, y dijo: —Si era el Enviado de Dios, ¿por qué no ha de volver a nuestro mundo corporalmente? Si El era el Mesías verdadero podría realizar el milagro... ¿No había El vuelto a la vida a Lázaro y a la hija de Jairo?...

Y en su plática conmovedora, saturada de impaciencias y pesimismo, evocaban a Jesucristo expirando en la Cruz, y veían cómo la sangre que manaba de su costado resbalaba por su escarrocado cuerpo hasta regar la tierra; contemplaban, humillado ante los hombres; pero glorificado ante Dios, al Ser todo bondad y todo abnegación, que se había sacrificado por los pecadores para que sus culpas fuesen perdonadas, para que en la hora de la justicia suprema el bien triunfara sobre el mal, y la virtud sobre el egoísmo.

Absortos estaban en tan dolorosas evocaciones, cuando presentóse ante ellos un romero pobremente vestido que iba también a Emmaús. Saludáronse y fueron amigos. Entonces el caminante desconocido ejerció en las pláticas de los peregrinos:

—¿Criste decía, el Hijo de Dios?.. Ha muerto crucificado, pero su resurrección sembrará a sus enemigos. ¿Tan pobres sois de espíritu y tan faltos de fe sentís que no creéis en la resurrección

del Cristo?... Curad vuestra alma de tales desconsuelos y de tales dudas, porque El ha de cumplir la profecía...

Pero los discípulos de Jesús no lo creían aún.

—¿No presenciásteis días atrás—exclamaba el romero—con qué confianza daba salud a los enfermos del cuerpo y a los enfermos del alma, con qué ternura alentaba a los débiles de corazón, y enseñaba a los ignorantes, y compadecía a los ingratos?... Los calumniadores eran bendecidos por El.

Y tampoco sentían los dos peregrinos el convencimiento de que su amado Maestro resucitara de entre los muertos.

—No ha perecido—prosiguió el romero hermano—por la cobardía de vuestro espíritu, como pensásteis, sino por confundir vuestra idolatría y anunciaros la destrucción del mundo. Si El tenía fe inquebrantable en el Dios de la Creación, ¿cómo vosotros dejáis de tenerla en su Hijo, que es la encarnación de vuestra dicha por siglos y generaciones?... Ha venido a redimirnos, a hacernos buenos y generosos; ha venido para librarnos de la ignominia de la opresión, para encender en vuestros pechos el entusiasmo de los gozos espirituales, y en vuestros ojos la luz de la verdad. Su misericordia y su sacrificio os arrancará de las tinieblas en que os habíais sumido por las miserias de la carne...

Maravillados estaban los peregrinos de las dulces palabras del inesperado romero... Y seguían camino adelante, saturados ya de la fe que un momento se extinguiera en su corazón.

Próximo ya al término del viaje, los tres peregrinos quisieron reparar las fuerzas perdidas y apagar la sed que abrasaba sus labios.

Entraron en una posada y sirviéronles de comer y de beber. Humedecieron sus bocas los peregrinos de Emmaús, y el hermano desconocido tomó en sus manos el pan...

Miráronse entonces el uno al otro llenos de confusión y de inquietud, exaltados y conmovibles, brillantes sus pupilas por las lágrimas de felicidad que las empañaban... Quisieron hablar al romero amigo, pero no les fué posible articular una palabra tan solo...

Cayeron de hinojos ante él... Y os que habían visto cómo sus manos de limpiísima alburá partían el pan. Sólo Jesús partiólo en aquella forma... Las manos que veían blancas como la pureza y la inocencia misma, eran las manos amorosas del Maestro que tantas veces habían besado. Y contemplaron atónitos el encanto.

Se había aparecido a ellos el Crucificado en figura de tosco peregrino para infundirles con mayor arraigo la creencia en las cristianas doctrinas y la confianza en el Dios que les daría la salvación de su alma.

Fué todo como la transformación del pensamiento en palabra. El Cristo transformáronse en la estancia, y envuelto en resplandores de azul y de oro, irrisado el semblante de preciosísimos reflejos, rebozando majestad y grandeza, se hizo intangible en la divina polioroma de la atmósfera.

Alfredo CABANILLAS.

La tirada de EL MUNDO es de 1.350 ejemplares.

Glosario místico

¡Bíblicos rosales de Gethsemani, que en la tarde pura disteis vuestro olor a los pies llagados de Nuestro Señor! A velar el éxtasis del dulce Rabi tramonto el azul la blanca paloma. ¡El alma del huerto de Gethsemani como una plegaria le daba su aroma!

El trazó las místicas sendas ideales de nuestras gloradas espirituales; dió vida a los muertos y a los ciegos luz. Ungió a Magdalena de su santidad y un negro patibulo de oprobio y crueldad convirtió en un símbolo de Gracia: la Cruz.

El dulce Maestro de Marta y María palabras lo mismo que estrellas decía y en un hijo dulce de clara poesía de su boca exangüe lo Eterno fluita. Pero halló a un acento sordo el cerazón del mundo y la vista ciega a su Pasión. Bíblicos rosales de Gethsemani: ¿volverá la sombra del dulce Rabi?

Yo en mi ánima espero que vuelva el Señor unguido de luz, florido en amor; que vuelva a mostrarnos los claros caminos a los macerados, tristes peregrinos. Al alma que, acaso, presente y espera un nuevo camino, tras la gusana, porque a veces sienta que, en su fondo interno, cae una chipita de luz de lo Eterno.

Bíblico rosal que le diste oler, paloma que arrullas le diste también, ¡otro áureo domingo volverá el Señor a entrar, entre palmas, en Jerusalén!

E. CARRER.

DIOS

Dónde aientas tu trono no acierta a concebir mi fantasía; cómo le diste tono a la noche y al día no puede comprender la mente mía.

Mas tu flujo eminente, ¡oh Señor de los cielos y la tierra!, llega a mi como fuente que baja de la sierra, empapada en fresca corriente.

Y te miro en la gloria que esparcen por lo alto la estrellas; y en esta transitoria vida, de cosas bellas, leo la página amante de tu historia.

Con discurrir incierto el osado mortal llegó a negarte: mas Tú le habres un puerto de asilo en toda parte, y en cada asilo brillas descubierta: que, cual Padre amoroso, no miras su maldad ni desatino.

Tú le cierras piadoso del dolor el camino, y abres manión de calma y de reposo.

El que hacia Ti se atiende y aspira a tus primores y grandeza, desde que el día se enciende hasta que vaga empieza la noche, donde pierde fortaleza, lleno de gozo puro, se entrega a la esperanza sosegado: en Ti vive seguro, ¡faro de luz amado!, ¡panal de ricas mieles deseado!

Si mi lira acertara a concertarse en notas inmortales: Señor, yo recontara feliz a los mortales el triunfo de tus horas eternas...

Mas sería loco intento mover al hombre de la fe caído: no abre su pensamiento, ni percibe su oído, en el error o duda empedernido.

De la verdad se aparta y bebe del placer la copa hirviente; y está de pesar haría su vida, y no presente que es la verdad el bálsamo eficiente.

No recuerda el espanto de Pentápolis torpe, maldecida: ni el estrago y el llanto cuando Baia, vencida, arrasada quedó hasta el templo santo.

Yo sí, Señor, te adoro: ya dejé los placeres desolado y te recuerdo y oro; no me agita el cuidado de otra luz que no sea la de tu coro.

Señor, que entre loores, de mi patria presides en la historia, Señor de mis mayores: retorna la memoria a la traidora ira, a los dolores, que ya su faz adusta vuelven hacia esta prole descuidada.

¡A darle fe robusta, nueve, Señor, el filo de tu espada! Mas no... ¡Mueve tu gracia delicada!

RAFAEL A. DELIGNÉ

El amor de Magdalena

(OROQUIS BÍBLICO)

Blonda como un trigal la cabellera que al viento en rizos y al desaire vaga: los ojos de un azul color de cielo, con reflejos de aurora en la mirada; erguido el busto escultural: los labios con la expresión de la bondad del alma, y la luz y la brisa jugueteando en los contornos de su veta blanca, va Jesús, sobre el lago Tiberiades, de pie en la popa de su fragil barca.

En la orilla del lago, recogiendo conchas y flores y campestres galas para adornar su espléndida hermosura, que es asombro y orgullo de su raza, está la galilea de ojos de fuego, la volubre y fastuosa cortesana, ante la cual los corazones tiemblan y en el deleite del amor se embriagan.

Ve a Jesús, y algo sienta que la turba, pero no es la ansiedad lasciva y vana que despierta su ser cuando a otros hombres tiende la red de sus desnudas gracias, sino el ardor de una pasión intensa que la enciende, seduce y avasalla, y hace olvidar el mundo y sus placeres: ¡es un amor en que se abisma el alma!

La tarde ya adormece sus fulgores en las linas del lago, en la montaña; el crepusculo en sombra va envolviéndose, y hay como convulsiones de borrascas en el rugido del soplar del viento, contra el que lucha con vigor la barca.

Por la orilla del lago, jadeante, con los cabellos en desorden, pálida, como la evocación de un sueño lúgubre, la infeliz hija ardiente de Magdala corre, invocando la piedad divina, para que salve del peligro al nauta a quien quiere ofrecer el sacrificio de morir junto a él entre las aguas.

Jesús, entonces, a la vista atónita de aquella que lo sigue y que lo ama, tiende la mano; y al conjuro, cesa el furioso clamor de la borrasca; y, al suspiro apacible del alvanto, la leve arena de la orilla alcanza.

A los pies del gallardo nazareno, Magdalena, la impúdica, se abraza e imprime en ellos, como ofrenda, un beso de amor, purificado por sus lágrimas.

Jesús de la ignominia la redime: su amor le da también la pura y casta pasión que El siente por quien cae, rendido, sin fe en un Dios que las conciencias salva; y envolviéndola en luz, dándole el beso feliz de su perdón y de su gracia, hace así de la triste pecadora la más bella y sublime de las santas.

JOAQUÍN PÉREZ.

LA MUCHEDUMBRE

Por la condesa de Pardo Bazán

Y sucedió que Silas, uno de los Principes de los sacerdotes, amigo particular y confidente de Pilatos, le habló reservadamente la tarde del día en que Jesús entró en Jerusalén entre ramos de palmas.

El pretor escuchaba, cogiéndose con la mano derecha el rasurado mentón y frunciendo las recias cejas, entreceñas ya. El de la Sinagoga precipitaba anheloso las frases, añadía detalles menudos, anunciaba catástrofes próximas y pavorosas, que destruirían la ciudad sagrada al entregarla a las turbas venidas de todas partes, hasta de los confines del desierto.

—Quisiera—repeta—que hubieses presenciado el tumulto de esta mañana, y verías cómo en mis palabras sólo hay verdad. Por dondequiera le siguen; arrastra un inmenso gentío. Si quisiese juntar un ejército de cien mil hombres, con cayadas y hondas, en veinticuatro horas lo verías ondear al Sol, en la llanura, cual trigo maduro. ¿Que harías entonces? A su paso se alzan las muchedumbres, rumorosas como el mar. Creen en su magia, en las curaciones que hace a cada momento. Besan el suelo. Se arrojan a él. Tienden ante sus pies, por alfombra, sus mantos nuevos. Deshojan flores para que las pise. Una sola palabra suya, ¡oh representante del sacro Emperador!, puede incendiar a toda Judea en un instante, como arden los pinos embutidos de resina en la canícula, en el espacio de muchas leguas. Ten cuidado, mira que es grave el peligro. Tú no ignoras que se empieza buscando el dominio espiritual y se acaba por procurar el material. Es un hombre descendiente de David y quiere ser Rey efectivo de Israel.

Alzó la cabeza Pilatos. Una sonrisa inteligente plegó su boca.

—¿Según eso—murmuró—, Rabi Jesús es amado por la multitud? ¿Y en eso ves tú, oh Silas, un riesgo para el César y para la exoelsa Roma? ¿Acaso aquí, entre vosotros no se presentan a cada instante excitadores de multitudes, profetas y nuncios de buenas nuevas, como Juan, el comedor de langostas y de miel silvestre, cuya cabeza fué truncada? Siempre estás en fermentación. Sois un mosto impaciente que rompe los aros del tonel y se desborda.

Por lo mismo—replicó Silas—, te prevengo contra una amenaza constante. ¿Nada te dice ese modo de ser de nuestra gente? ¿No ves los sucesos que se avencinan? Ayer fué Juan; hoy, Jesús de Nazaret. Más temible me parece éste que el otro.

—He oído decir—interrumpió Pilatos—que es dulce y bueno ese hombre a quien tanto odiais los de la Sinagoga.

—¡Ah!—exclamó con vehemencia Silas—. ¡En eso está la fuerza que posee! En su habla, que va como flecha a los corazones; en su vivir puro y penitente, en su inalterable misericordia. A todos habla amoroso; no desdena el trato de publicanos y pecadores, y jamás piensa en vengar ofensa alguna. Un corderillo de Galaad sería más fiero.

Volvió el pretor a sonreír, con destellos claros de malicia desengañada en sus ojos de gruesos párpados.

—Y si Rabi Jesús es como tú le retratas, ¿por qué os ensañáis con él?

Con impetuosa pasión respondió Silas:

—Porque alborota al pueblo y a ser causa de graves trastornos. Porque es señor de las muchedumbres, que vienen en pos de él, y a su paso se junta toda la gente de la ciudad, y se alzan las aldeas, y acuden tropeleros con enfermos en camillas, y llegan de la Idumea, y del Transjordán, y de Tiro y Sidón. Si tú, pretor, no juzgas que en esto hay desorden, ya te explicarás ante el César.

Nosotros, la Sinagoga, lo entendemos de otro modo.

—Proceded según vuestra convicción, Silas—contestó ya seriamente el romano—. Por mí, no hallaréis óbáculo a vuestra justicia. Mas en verdad os digo que si el Rabi creyese contar con la muchedumbre, será como apoyar la mano en un remolino de espuma. Tornadiza y antojadiza es la muchedumbre, y, además, ingrata y pronta en olvidar los bienes; la experiencia te lo demostrará.

Silas, meditando, abrió lentamente la boca para la réplica.

—Los tiene muy embaucados ese seductor—dijo al fin, suspirando—. Creen en él con fe inextinguible.

Un leve encogimiento de hombros fué la respuesta de Pilatos. Mandó que trajesen vino enfriado en nieve, frutas y tortas de miel con cominos. No quiso Silas aceptar el obsequio. Su mente estaba llena de ansias de dureza y violencia; anhelaba correr a la Sinagoga, cuanto antes.

—No mucho después, era llegada la hora sombría y el poder de las tinieblas. Golpeado y escarnecido, Jesús subía al Calvario. Silas se incorporó al triste séquito. En sus eides resonaban aún las exclamaciones del día triunfal. Creía sentir el aire agitado por el ondular de las palmas, que la multitud columpiaba rit-

micamente; la música de las flautas sonaba dulzona; pero los ¡hosannas! clamorosos cubrían el ruido de los instrumentos. Las flores, pisadas, exhalaban su alma fragante. El troteillo del asno que montaba el hijo de David percutía en las piedras de la ruta, y los niños, precipitándose, besaban los descalzados pies de su amigo, que pendían a ambos lados de los jales de la manana bestia. Y Silas, trémulo, con un sudor que humedecía sus sienes, oía ahora sobre la ruda calzada el fragoroso estrépito de las pesadas herraduras de la caballería romana que escoltaba al rey hasta el lugar del suplicio. Ya en él, veía que, en vez de arrojarle ropas para mullir su paso le quitaban violenta y despiadadamente, como a zarpazos, las propias vestiduras y a los dados las jugaban. Ya no subía al cielo el coro de bendiciones y los cánticos que celebraban la gloria del Rey de Israel, lo que se oía eran bárbaras blasfemias, burlas, provocaciones irónicas, la chanzoneta feroz de los sacerdotes y de los escribas al invitar a Cristo a que bajase de la cruz, a que se redimiese a sí propio. Y Silas, en vez de imitarles temblaba: un dolor amargo como la hiel que ofrecían al Rabi, le oprimía, quitándole la respiración. Cuando rasgó el espacio la gran voz que dió el Crucificado para expirar, bajó el de la Sinagoga con inseguras piernas, sin volver la vista atrás, y por las calles casi solitarias a aquella hora de sol y de calor sofocante, se encaminó al Pretorio.

Encontró a Pilatos encapotada la faz. Su mujer le había reprendido a causa de Jesús, porque creía en él. Y su conciencia también clamaba allí en lo hondo, gritándole que había sido débil en este proceso contra un justo. Estaba quejoso de sí mismo. No podía perdonarse el haber dado suelta al facineroso Barrabás. Y al ver a Silas, que le había incitado a tal claudicación, se desahogó injuriándole.

—¿Vienes a complacerte en vuestra obra de perros? La sangre inocente, ¿no se os sube a la boca, no la escupís? En esta ocasión, Silas, estoy por creer que decía bien el Rabi cuando os llamaba sepulchros blanqueados. Yo cedí a la muchedumbre; fué ella la que pidió ver libre al asesino Barrabás... Bien lo sabes.

Silas callaba. Cruzadas las manos bajo el manto, agachada la cabeza, se movían sus labios como si quisiese decir algo y no pudiese o no acertase. Parpadeaba, y un ligero velo de cristal se extendía en sus pupilas.

—Tenias razón, pretor—balbució por fin—. Estaba ciego, estaba furioso... Cuanto me vaticinaste se ha realizado.

—¿El Itabi ha sido abandonado por todos? ¿Lo ves?

—Por todos, noble pretor... ¿Lo creáis? ¡Istata por sus discípulos! Y el que le vendió por dinero, discípulo suyo también... De aquella muchedumbre entusiasta, de aquellos que entonaban hosannas, ni uno, a la hora del suplicio... Y, sólo, me pareció más terrible. Su soledad era como un ejército ordenado en haces...

—¿Estabas tú «allí» cuando le alzaron?—interrogó Pilatos tétricamente.

—Allí estaba. Sólo algunas mujeres y un discípulo se atrevieron...

—¿Y la Patulea?—Pilatos sonreía otra vez, con todo el acibar de su vieja experiencia de la Humanidad.

Silas se dejó caer en un banco de la terraza. Juntó las manos sobre la frente y gimió:

—Ya lo sabes. Lo que tú anunciaste: capuma.

—¿Pues qué más quieres, qué más queréis los de la Sinagoga?—articuló con frío desprecio Pilatos.

—¡Ah! Ellos pueden que crean haber venido para siempre, con este escarmiento, al espíritu del Rabi... Pueden que crean haber apagado el eco de aquella Voz, de aquella Voz tremenda, que acaba de retumbar en la misma Cruz... Y yo también lo creía; y ahora, pretor, creo todo lo contrario. El Rabi volverá a ser aclamado. En la agonía, su frente despedía luz. He sido un miserable. Donde se junten los que sigan sus huellas, allí estará Silas.

El pretor apretaba los dientes, con sorda cólera. Y, amenazando con el puño en la cintura, masculló:

—¡La multitud! ¡Caiga sobre ella la maldición!

JESÚS

Jesús, incomparable perdonador de injusticias. Oyes; Sembrador de trigo, dame el tierno Pan de tus hostias; dame contra el sañudo infierno Una gracia lustral de iras y lujurias.

Dime que este espantoso horror de la agonía Que me obseda, es no más de mi culpa nefanda. Que al morir hallaré la luz de un nuevo día Y que entonces oíré mi «¡Levántate y anda!»

RUBÉN DARÍO.

Hechos sobrenaturales acaecidos a la muerte del Redentor

... Y Jesús, clamando con gran voz, a su Padre, expiró. Y sucedió entonces que el velo del templo se rasgó de alto abajo...

(San Mateo, XXVII, 50).

El hecho sobrenatural de este extraño sacudimiento de la Naturaleza y de los misteriosos sucesos que hubieron de acompañarle, afirmados son...

Plinio, en su «Historia Natural», tomo II, capítulo LXXXIV, afirma: «que en tiempos de Tiberio, en los que padeció Cristo, aconteció un terremoto...

El cardenal Boronio asegura en sus «Anales Eclesiásticos» que, a causa del mismo terremoto, «se abrieron y rasgaron muchos montes en varias partes del mundo».

Los habitantes de Etruria afirman, por una tradición muy respetada entre ellos, que «se abrió el monte de Albernia y se rajó el promontorio de Cayeta, formándose en uno y otro costados horribles precipicios».

Plutarco cuenta que, «viajando varios romanos desde Egipto a Italia, y hallándose cerca de las Islas Eclíadas, oyeron una voz que decía al capitán del buque: «Cuando te halles junto a la laguna, grita y anuncia que el «Gran Pan ha muerto»...»

Ya hemos dejado consignados, al mencionar el fenómeno de las tinieblas, los testimonios de Plieghón o Flejón, famoso historiador del siglo II, que acompañaba siempre a la Corte del Emperador Adriano, el cual escribiera sus «Anales», conservados, en parte, en las obras de Tertuliano...

También hemos citado el de Tertuliano en su «Apologético», cuando, después de dejar manifestado que el sol se extinguió a mitad de su curso, añade: «Podéis convenceros de esta verdad: en los archivos tenéis la relación de este hecho».

Hemos mencionado, asimismo, el de San Luciano, mártir, quien, dirigiéndose al presidente del Tribunal que le juzgara, habló de la divinidad de Jesucristo diciendo: «Pongo por

testigo al mismo sol, que, al ver el crimen de los deicidas, ocultó, en pleno día, su luz al mundo. Registrad vuestros anales, y ellos os dirán que en tiempos de Poncio Pilato, mientras Jesús padecía, el sol desapareció de los cielos, y el día fué interrumpido por las tinieblas».

Otros historiadores profanos han hecho también mención de estos fenómenos de la Naturaleza, predichos por Amos (VIII, 9) y atestiguados por los evangelistas.

En los modernos tiempos, Adlssón nos dice que un viajero inglés, deista furibundo, visitaba la ciudad de Jerusalén, ridiculizando cuando podía lo afecto a los Santos Lugares consagrados por el Cristianismo, y mofándose escandalosamente de cuanto velan sus ojos, hasta que llegó a la cumbre del Gólgota hoy encerrada en la basílica dicha del Santo Sepulcro. Allí, viendo y observando las hendiduras de las rocas, mudos y elocuentes testimonios del extraordinario, milagroso sacudimiento de la Naturaleza, acaecido el memorable día de la Crucifixión y Muerte de Cristo, terminaron sus burlas e incredulidades, y cayó de rodillas, exclamando: «Esto es sobrenatural a todas luces. Empiezo a ser cristiano».

Hemos visto la hendidura de la roca que está debajo de la capilla del Calvario y se prolonga hasta dentro de la tierra, pasando por la capilla subterránea dicha de Adán. Esta singular, misteriosa hendidura, se extiende en dirección de Este a Oeste, y, por lo que se puede ver, alcanza un largo de 1,60 metros de largo por 15 centímetros de ancho.

Las sinuosidades y los resquebrajamientos que se notan en un lado, coinciden perfectamente con las que se ven en el otro, hasta el extremo que fácilmente se advierte, llegarían a una perfecta unión caso de aproximarse...

No es, pues, extraño que el descreído inglés que cita Adlssón, ante la evidencia de esta rotura contra todas las leyes de la Naturaleza, afirmara, después de admirar este elocuentísimo testimonio del sacudimiento de la tierra, que «habiendo hecho un gran estudio de la física y de las matemáticas, estaba seguro de que las roturas de aquellas peñas no habían podido ser efecto de un acontecimiento natural. Semejante trastorno hubiera ido separando las diferentes capas de la masa de que se compone, pero lo hubiera hecho siguiendo las venas que las distinguen y rompiendo sus enlaces por las partes más débiles».

«Yo veo, añadía, de un modo claro y evidente, que este trastorno fué puro efecto de un milagro, que ni el Arte ni la Naturaleza pudieron producir».

V. DE DIEZ VICARIO

CANCION A LA CRUZ

(ANÓNIMA)

Dios te salvo, cruz preciosa. Bendita y santa señal. Cruz linda y graciosa. Muy alegre, muy gozosa. Perdón del rey divino.

Cristo Dios en ti muriera. Cuanto a la humanidad. Cruz cierta y verdadera. Espejo luz y bandera. De toda la cristiandad!

Arbol digno de alabanza. ¡O muy santo y dulce palo. Nuestro esfuerzo y confianza. Salud de nuestra esperanza. Resistencia para el malo!

Y tu alta dignidad. Fué tan grande, que en el suelo Mereciste sin igualdad. Con toda su majestad. De tener al rey del cielo.

Y tú, Señor, que estuviste. Sufriendo en la cruz pasión. Y con sangre que vertiste. En ella nos redimiste. Por ella nos da perdón.—Amén.

Adorámoste, Señor. Jesucristo, nuestra luz. Que por la tu sancta cruz. Fuiste nuestro Redentor.

La cena del Maestro

«El que come pan conmigo, levantó contra mí su calcañar.» (Salvador)

En el magno y sublime retablo de la vida de Jesús, que sirvió de edificación propicia y milagrosa a los siglos, se destaca radiosamente el admirable episodio de la sagrada cena, como una lección que resplandece llena de enseñanzas encarnando íntimas ansias de la humanidad. Todos los momentos, en efecto, de su excelso predicación tienen una expresión clarísima, recogiendo en ellos manifestaciones íntimas de la vida humana; diríase que su divina pasión y muerte plasma, de un modo prodigioso y simbólico, aspectos culminantes de nuestro vivir con el supremo afán de que nos atengamos siempre a las sabias normas que con el magno sacrificio de su humanización nos ha trazado propiciamente.

Así la cena con sus Apóstoles. El Maestro siente llegado el momento de la magna tortura de su crucifixión y en torno suyo, para cumplir el precepto de la Pasqua, reúne a los que han de ser en el futuro, difundidores de sus doctrinas redentoras.

Una íntima tristeza, una invencible melancolía, alienta en el corazón del Maestro todos los artistas del Renacimiento que han pisado esta escena de paz y de amor precursora de la pasión de Cristo han destacado su figura nimbada de resplandores divinos y dando a su rostro una serenidad angusta. Pero en el espíritu de Jesús bullía, no obstante, un amargo desasosiego que se traslucía en sus palabras.

Ha partido el pan y el vino con sus discípulos; es fiesta de amistad, de íntima compenetración, de fusión cordialísima de todos los espíritus, todos en uno y uno en todos. Mas aquellos que le rodean son hombres, solo hombres y sus corazones nidos de pasiones que les hacen fingir afecto, cariño y devoción, encubriendo así, con disimulo inaudito la defección y el crimen; y la traición alienta, en efecto, bajo la aparente compenetración de espíritus, y El que lee en el fondo de las almas, lo sabe y se entristece de este gran pecado de la humanidad.

He aquí por qué, entre el desasosiego y la inquietud de sus discípulos, ha recordado con magnífica resignación, estas desconcertadoras palabras de las viejas escrituras: «el que come pan conmigo, levantó contra mí su calcañar», advinando y profetizando de esta suerte la criminal hazaña de Judas, quien ya entonces se disponía a entregar al Maestro a sus verdugos.

No en vano se destaca este episodio en medio de los sublimes momentos que forman de la vida de Jesús constituyendo lecciones altísimas que recogen y concrecionan de maravilloso modo todos los apetitos y miserias que bullen en el corazón de los hombres; cada palabra, cada momento, cada escena de su paso por la tierra, reflejó un aspecto culminante de nuestro vivir que en Cristo, parecen reunirse simbólicamente.

El momento de la cena nos enseña de esta suerte que siempre uno de aquellos con quienes partimos nuestro pan y nuestro vino nos hará traición, fingiéndose amistad; que en vano trataremos de someter y humillar sus malas pasiones, brindándole un puesto en nuestra mesa en una comunión íntima y cordialísima que simboliza la cena de Jesús, ya que por ley de humanidad quien más nuestro nos parezca, podrá vendernos, cumpliéndose así por los siglos de los siglos la sabia sentencia de que «el que come pan conmigo, levantó contra mí su calcañar».

Estanislao López-Ayala.

LA SAMARITANA

Los que venían de las labores, los que estaban en su obrador de artesano, los que holgaban a la sombra del corral de caravanas, el «karwansera» que huía calientemente a bestiajes y pueblo, todos la miraban sonriéndole cuando ella salía con su ánfora, recortándose rítmica, fresca y graciosa en el cielo del camino. El camino, después de los muros de los pesebres de tránsito, rodeaba el ejido, y volcándose, retrocediendo, brincando, se hundía en la anchura del valle de Sikem.

Y cuando subía la mujer con su ánfora, que resplandía palpitante de frescura la llamaban los hombres desde los albergues. Los de Samaria habían ya contado la renovación placentera del tálamo de la hermosa. Y los ricos mercaderes extranjeros, reluciendo las pupilas le mostraban el fausto de sus equipajes, y la delicia de los vinos y sabores exóticos de su festín en aquel alto de la ruta. Pero ella decía: «La plegaria será mi alimento y mi salud!»

Sola, desamorada, cruzaba las calles de Samaria dejando un casto aroma de paz. Ya no la ardían los ojos, y daban una lumbre quieta de remanso con luna. Y cuando un samaritano volvía de caminar, ella le buscaba, preguntándole: «Viste al Señor que lee los más escondidos pensamientos, aquí que siendo judío comió pan de Samaria?» Pero los andariegos de su país no hablaban sino con gentiles, y no trataban con los moradores de Israel sino de empresas de logro.

El Denteronomio dice: «No prestarás por usura al hermano». Samaria no es tierra hermana de la tierra judía. Samaria se ha prostituido con ídolos bárbaros. Levantó en su monte Garizim un templo de liturgia semejante al culto de Jehová, y la pidió a Antíoco: «Conságralo a Zeus Hellenios porque nosotros somos sidonios y nada tenemos con Israel ni en raza ni en usos...»

Ninguno de los que corrían comarcas extrañas trajo nunca noticia del Señor. Y los de Sikem se pasaban del afán de la hermosa. Y ella decía:

«Aquí le visteis y escuchásteis! Como pudo deshacerse su recuerdo! Pasó como el Esposo de los Cánticos por los otros y vergeles! No disteis posada a sus discípulos, y agraviados ellos, le pidieron al Señor: «¿Quiéres que digamos que descienda fuego y los acabe?» Mas él les repuso: «No vine a perderlos, sino a salvarlos.»

Junto al ejido halló la mujer doce caminantes, sus mantos viejos, sus sandalias rotas, soltaban la tierra de muchas jornadas. Siendo pobres, había uno que semejaba siervo de los otros, y hollaba pesadamente, como un buen fiaco cuando labre el erial.

La samaritana les gritó: «¡Llegáis sin recelo, y si nadie os socorre, tomad de lo que hubiere en mi casa; abierta la hallaréis; es la más blanca de todas; suben los jaxmines por el muro...!»

Un hombre extranjero, recostado en el brocal, aspiraba la pureza y frescura del agua, y dentro del cielo reflejado se veía su imagen con un nimbo de sol.

El hombre alzó los ojos; la miró como un hermano que estuviese esperándola, y le dijo:

«Paz en tí! Otra vez asomóse al espejo azul de las aguas, y confiadamente le pidió: «Dame de beber! Ella le contemplaba enternecida de su abandono de niño cansado.»

Y le sonrió dulce y tímida, pronunciando:

«¿Cómo siendo judío me pides de beber a mí que soy samaritana? Si supieses quién es el que te dice: «Dame de beber!», tú acudirías a él pidiéndole: «Yo no a tí, sino tú a mí dame el agua de la sed mía!»

Salieron en la mujer resabios de malicias de rapaza, y se inclinó graciosamente, exclamando:

«El pozo es hondo! ¿Cómo podrías tú sacar agua sin mí?»

Y le mostraba el cántaro suyo limpio y fresco de juncia y la delgada cuerda ceñida a su talle.

Llegósele el hombre dolorido de compasión. Y la samaritana recogióse en sí misma, escuchándole:

«Todo el que bebiere de esta agua que tú tomas de la tierra vuelve a sentir la sed; mas el que bebiere de la que yo alumbró nunca estará sediento, porque el agua que yo doy se vuelve en el pecho una fuente que salta hasta la vida eterna...»

«¡Dame, Señor, dame de esa agua viva, que yo no quiero tener más sed!»

Y una tarde que contemplaba su palidez de penitente en el espejo del agua que tuvo la imagen del Señor, sonaron voces y sandalias en el camino de la tierra judía.

Pasaban dos extranjeros, sin alforja ni arma. Se apoyaban en un báculo ruco, y traían el manto subido y plegado a los ríñones para holgura del pie.

La samaritana corrió, llamándoles. Ellos se volvieron, mirándola, y no sabiendo quién fuese, seguían su camino.

Pero la mujer les alenzó y les dijo: «No sois los que vinisteis con mi Señor, y hay en vosotros una semejanza con el porte de su gente. Mas, siendo suyos, ¿cómo pudisteis pasar sin llegaros al agua que el Señor bebió de mi mano, dándome en trueque delicioso el agua viva de su gracia!»

«¡Paz en tí, mujer!»—le respondieron los dos hombres.

Y ella se derribó, sollozando en un delirio de felicidad:

«¡Le habéis recordado también en su decir! ¡Sois emisarios suyos! Toda mi alma os bendice. ¡Dadme ya su nueva, porque estoy pura!»

Y el más viejo de los caminantes abrasado y enjuto, de tosco frontal, murmuró:

«Discípulos y sembradores somos de la palabra del Rábbi, el Cristo Señor Nuestro!»

«¡Dadme la nueva que me traéis! ¡Decidme dónde se esconde el Señor, porque yo le busco, teniéndole siempre en mí, y no le encuentro! ¡Yo le aguardo y le llamo, y nunca acude! ¿Dónde está el Rábbi, Jesús!»

«¡Paz en tí, mujer, en nombre del Señor!»—repitió austestamente el anciano y quiso apartarla de ellos.

Y la samaritana se agarró a sus vestiduras, clamando:

«No tan sólo su nombre, sino su voz y sus ojos, su presencia para la paz de mi vida! ¡Llévame a él, para que yo le sirva y le una!»

El otro discípulo le sonrió atigida-

mente.

«¡Rábbi Jesús se halla en tí como habitará ya siempre entre nosotros!»

No le entendía la mujer, y se incorporó afanosa.

Entonces la hirió en todas sus entrañas la palabra inflamada y tronadora del apóstol viejo:

«¡Jerusalén ha matado al Señor! Alzó su cruz delante de sus muros... ¡Dile a Samaria que las almenas de la ciudad hominida serán holladas por pazuñas inmundas!»

«¡Iré con vosotros! ¡Aunque quisierais ahuyentarme como a los perros, yo os seguiré! Iré con vosotros hasta que me hayáis dejado en la tierra que guarda el cuerpo del Señor... Quiero tocar y besar su sepulcro, y besándolo penetrará mi vida como las raíces llegan al agua traspasando la roca...»

El viaje la miró fríamente.

«Mujer: el Rábbi no tiene sepulcro. ¡Anunciado estaba que el Señor resucitaría! Y el Señor ha resucitado...»

«Si vive el Señor, llévame que yo le cure las heridas! Si tiene mujer, yo seré su sierva...»

«¡El Rábbi ha resucitado, y subió al cielo, a la diestra de su Padre; y desde allí envió a los suyos la potestad de su Espíritu Santo!»

La samaritana se fué quedando sola en el camino. Sobre sus hombros se tendió la obscuridad de la tumba de Josef. Sintió frío y miedo de niña desamparada, y buscó refugio del pozo de Jacob, y besaba su piedra y gemía:

«¡Rábbi, Rábbi! ¡Por qué has resucitado para subir al cielo!...»

Gabriel Miró.

El Cristo de Velázquez

(FRAGMENTO)

LOS OJOS

Esperando a tu Padre se velaron tus dos luceros de mirar, tus ojos como palomas candidas; no surge ya de su hondón aquel arietamiento, domador de torpes apetitos, que forzaba a doblar mustia la frente del que acusaba hipócrita a su prójimo, del que viendo la paja en ojo ajeno, no en el propio la viga, en tí buscaba «diablo», no el Redentor, al Juez. Temblando cual bermejo rocío en tus pestañas, perlas de fuego se estremecen líquidas, y atravesando el cierre de los párpados contemplas con miradas tenebrosas el verdor de la tierra, que a tus venas les dió su jugo como brasa roja, y escuchaban tus ojos los ríñones de nuestro corazón, donde nos clavas tu corona las espinas. Eran tus ojos, como el cielo azul, azules, las luces de tu cuerpo, que sencillos y claros te lo hicieron luminoso, y castos castigaron cuanto vieron; y sus niñas más negras que la noche sin luna y sin estrellas, te brillaban con el fulgor divino del abismo de las tinieblas; y ahora el velo blanco de los caídos párpados, las alas de esas palomas que volaban siempre hacia su nido celestial, con sello de sangre sella tu mirar. Perdona sólo mirando. ¡A Pedro le miraste del gallo al canto, y él lloró su culpa al ver tus ojos hartos de perdón!

MICHEL DE UNAMUNO.

Las Golondrinas del Gólgota

Murió el Señor y en su agonía el ruisenior cantó tristísima elegía...

Las golondrinas peregrinas rompieron los crestones de negros nubarrones con que a la luz del día tapaba—en su agonía—el Dios de los amores.

Ya las flores doblaron sus corolas y las olas del mar de Tiberiades se encrespaban y branaron con su igual estruendo...

Las bellas claridades del sol fueron muriendo... Vinieron las tinieblas y las nieblas cubrieron las murallas de la ciudad maldita...

Ya los muertos rompiendo van sus mallas y van apareciendo en los rutilos huertos.

Las pobres golondrinas piaban tristemente al lado del madero que estaba prisionero en su lecho de muerte el buen Jesús y fueron dulcemente quitando las espinas asesinas de su espaciosa frente

R. MATO Gil.

El Cristo de Alonso Cano

Largos cabellos y la barba fina que al rostro cadavérico amortaja, feral harida que el costado saja, y un puñal en la frente cada espina. Al hombre flagelado el cuello inclina. Manos y pies el férreo clavo raja, y de la Cruz el cuerpo se desaja como un arbolito humano que se arruina. Ante ese rostro de marfil antiguo, por todas las injurias profanado, pleno, triste: «¡Así fué crucificado!» «¡Así fué el Hombre-Dios! Y me santigué, y en toco vaso divinal esencia mal ser baña un perfume: ¡la Creencial!»

MANUEL S. PICARDO

SONETO

DE COSME ALDAMA

Al sepulcro de Nuestro Señor Yace en esta que ves tumba cubierta Un cuerpo de valor tan soberano, Que cuando muere en él puso la mano. De la vida mayor fué Muerte muerta. Rompiendo el alma está la baja puerta Do vive el desleal Ángel tirano. Quedando por él bien ultramundano Otra de libertad al hombre abierta. Cuando murió, cayó naturaleza Sobre sí misma, en torno le moraron Los cielos, y de into se vistieron. Las piedras trasladaron su duresa En el pecho del hombre, y del tomaron. La razón del dolor con que se abrieron,



El Excelentísimo e Ilustrísimo Señor Obispo de Cuenca, D. Cruz La Plana

La entrada del nuevo Obispo de Cuenca

El sábado, a las cuatro de la tarde, según teníamos anunciado, llegó a Cuenca el Sr. Cruz La Plana. La animación era extraordinaria en la capital: miles de forasteros habían llegado con tal objeto y la estación estaba rodeada de una entusiasta muchedumbre. Los arcos levantados fueron por el Banco Zaragozano (el de más gusto), empresa del Salto de Villalba, Cámara de Comercio, Asociación del Perpetuo Socorro, Centro de Acción Social y Ayuntamiento. También llamó la atención un camión del industrial Sr. Bonilla, que iba engalanado y ocupado por bellas muchachas, vestidas con trajes típicos.

El servicio de orden en la Estación a cargo de las fuerzas de Vigilancia y Guardia civil, al mando del comandante del puesto D. Mercenario Fernández. En el andén, frente a la sala de espera, que estaba preparada para la rápida recepción, se había colocado una alfombra. Al llegar el Sr. La Plana y sus acompañantes, entre los cuales recordamos a los Sres. Olmo, Arribas, Fanjul, Piniés, D. Pedro de la Muela, Benítez, Muñoz (don Fernando), y otros, que vinieron en el mismo tren, se oyó la marcha de Infantes, tocada por la banda provincial.

Después de ser besado el anillo pastoral por muchos concurrentes, el Sr. La Plana descansó breves minutos en la sala de espera, recibiendo a autoridades, diputados, concejales y representaciones que le saludaron.

El Prelado ofrecía una faz radiante. Tiene un semblante noble

y vivo, causando excelente impresión a los que le vieron.

A pie, seguidos de muchísimas personas, algunas de las que disparaban cohetes y abriendo marcha un piquete a caballo de la Guardia civil, subieron a la Catedral, siendo frecuentemente vitoreados. El nuevo Prelado saludaba con todo cariño a los balcones, quitándose el sombrero y dando su bendición a los ocupantes de aquellos.

Cuando llegó al Ayuntamiento fué recibido el Ilustrísimo señor Obispo por la Corporación en pleno y el Cabildo revestido y acompañado al Salón de actos vistióse el manto de larga cola dirigiéndose inmediatamente a la Catedral, cuya entrada estaba adornada con ricos tapices pertenecientes a la misma.

Antes de entrar en la iglesia y en la misma puerta, donde lo mismo que en el salón del Ayuntamiento se había dispuesto un pequeño altar, vistióse el Prelado de Pontifical. Oró en la capilla de la Virgen del Sagrario y en la tumba de su antecesor doctor Sangüesa y entonáronse después solemne Te-Deum y Salve. Dirigió luego breve salutación a los fieles.

Ultimamente las comisiones representativas de las colectividades fueron obsequiadas en la Sala Capitular con un refresco.

EL MUNDO al saludar respetuosamente al nuevo Pastor de la Diócesis, se congratula de la intensa simpatía que irradia, se ofrece a él sin reservas y le desea la más alta luz en el Gobierno difícil de los intereses espirituales de su Grey.

EL SUAVE MILAGRO!

En aquel tiempo, Jesús aún no se ausentara de Galilea y de las dulces, luminosas márgenes del lago de Tiberiades; pero la noticia de sus milagros penetrara ya hasta Engadim, ciudad rica, de fuertes murallas, entre olivares y viñedos, en el país de Issachar.

Vivía por entonces en Engadim un viejo llamado Obed, de una familia pontifical de Samaria, que había sacrificado en las aras del Monte Ebal, señor de abundantes rebaños y de abundantes viñas, y con el corazón tan lleno de orgullo como su granero de trigo. Mas un viento árido y abrasado, ese viento de desolación que por mandato del Señor sopla de las

torvas tierras de Assur, matara las reses más gordas de sus manadas, y por los ribazos en donde sus viñas se enroscaban al olmo y se tendían en airoso enrejado, sólo dejara en torno de los olmos y pilares desnudos sarmientos, cepas descarnadas y la parrá roída de áspera herrumbre. Acurrucado Obed en la solera de su puerta, con la punta del manto sobre la cara, palpaba el polvo, lamentaba la vejez, rumiaba amargas quejas contra Dios cruel.

Cuando oyó hablar de ese nuevo Rabi, que alimentaba las multitudes, amedrentaba los demonios y enmendaba todas las desventuras, Obed, hombre leido, que había viajado por Fenicia, pensó en seguida que Jesús sería uno de esos hechiceros tan frecuentes en Palestina, como Apolonio,

en Rabi Ben-Dossá o Simón El Sutil. Acaso Jesús de Galilea, más joven, de cierto con magias más fogosas, si se le pagase pródigamente, haría cesar la mortandad de sus ganados y reverdecería sus viñedos. Ordenó entonces Obed a sus siervos que partiesen, buscasen por toda Galilea al Rabi nuevo, y con la promesa de dinero o alhajas, le trajesen a Engadim, en el país de Assachar.

Apretáronse los siervos los cinturones de cuero y echaron a andar por todos los valles y llanuras de Israel, y en vano buscaron a Jesús. Un día, ya con las sandalias rotas del largo camino, pisando tierras de la Judea romana, cruzáronse con un sombrío fariseo, que retornaba a Ephraim montado en su mula. Detuvieron, con devota reverencia, al hombre de la ley. «¿Había encontrado él, por ventura, a ese nuevo profeta de Galilea que, como un Dios paseando en la tierra, esparcía milagros?» La corva faz del fariseo se obscureció arrugada, y su cólera retumbó como un tambor orgulloso:

«¡Oh, esclavos paganos! ¡Oh, blasfemos! ¿En donde oísteis que existiesen profetas o milagros fuera de Jerusalén? Sólo Jehová tiene fuerza en su templo. De Galilea salen los necios y los impostores...»

Y en viendo a los siervos retroceder ante su puño erguido, enroscado de dísticos sagrados, el furioso Doctor apeóse de la mula, y con las piedras del camino apedreó a los siervos de Obed, vociferando: «¡Racca! ¡Racca!», y todos los anatemas rituales. Los siervos huyeron para Engadim. El desconsuelo de Obed fué grande, porque sus ganados morían, sus viñas se secaban, y a pesar de ello, radiantemente, como una alborada por detrás de las siervas, crecía, consoladora y llena de divinas promesas, la fama de Jesús de Galilea.

Por ese tiempo, un centurión romano, Publio Séptimo, mandaba el fuerte que domina el valle de Cesárea hasta la ciudad y el mar. Hombre áspero, veterano de la campaña de Tiberio contra los Partos, Publio hablase enriquecido durante la revuelta de Samaria con presas y saqueos, poseía minas en el África, y gozaba, como supremo favor de los dioses, la amistad de Placo, legado Imperial de la Syria. Mas un dolor roía su poderosa prosperidad; lo mismo que un gusano roe un fruto succulento. Su única hija, más amada para él que vida y bienes, iba enflaqueciendo con un mal sutil y lento, extraño hasta al saber de los magos y esculapios que se mandaran a consultar a Sidón y a Tyro.

Entonces Séptimo, oyendo contar a unos mercaderes de Chorazin cosas de este admirable Rabi, tan potente sobre los espíritus que sanaba los males tenebrosos del alma, destacó tres decurias de soldados para que lo buscasen por la Galilea y por todas las ciudades de la Decapola, hasta la costa y hasta Ascalón. Los soldados dispusieron los escudos en los sacos de lona, espetaron ramos de oliva en los yelmos y ferradas las sandalias, apresuradamente alejáronse, resonando sobre las losas de basalto del camino romano que desde Cesárea hasta el Lago corta la Tetarchia de Herodes. Recorrieron así la Baja Galilea, y del Rabi sólo hallaron un surco luminoso en los corazones.

Una madrugada, cerca de Cesárea, marchando por un valle, echaron de ver sobre un otero un verdinegro bosque de laureles, en donde blanqueaba, recogidamente, el fino y claro pórtico de un templo. Un viejo, de largas barbas blancas, coronado de hojas de laurel, vestido con una túnica de color de azafrán, asiendo una corta lira de tres cuerdas, esperaba sobre los pedruzcos la aparición del sol. Desde abajo, los soldados, agitando un ramo de olivo, clamaron hacia el sacerdote. «¿Conocía él a un nuevo profeta que apareciera en Galilea, tan diestro en milagros que resucitaba a los muertos y trocaba el agua en vino? Alargando los brazos, el sereno viejo exclamó por sobre la verdu-ra del valle:

«¡Oh, romanos! ¿Por qué creéis que en Galilea o Judea aparezcan profetas consumando milagros? ¿Cómo podrá un bárbaro alterar la Orden instituida por Zeus?... ¡Mágicos y hechiceros son vendedores ambulantes que murmuran palabras huecas para arrebatár la propina a los sencillos!... Sin el permiso de los inmortales, ni un retoño seco puede caer del árbol, ni hoja seca puede ser

Consultorio Médico Quirúrgico

DIRECTORES

MEDICINA GENERAL: D. PEDRO DE LA MUELA | CIRUGÍA OPERATORIA: D. ANTONIO CALDERÓN
Especialista en enfermedades de la mujer y del niño | Cirujano del Instituto Rubio, de Madrid

Operaciones quirúrgicas en general. — Análisis de sangre, orina y jugo gástrico. — Vacunas contra la Tuberculosis. — Sueros para la curación de afecciones de la piel y gúito-uritarias. — Tratamientos eléctricos. — Rayos X.

CONSULTA TODOS LOS JUEVES DE 9 A 12 DE LA MAÑANA

Honorarios: Primera consulta . . . 10 pesetas
Las restantes . . . 5 »

Económica para obreros: De 12 a 1 y de 6 a 7 de la tarde.

Mariano Catalina, 30. — (frente a la Relojería de Redondo.)

GASOLINA EXTRA marca SHELL

La mejor y más barata

Pedir precios a los depositarios en esta región

Giménez y Dalmau S. A. — Albacete

Representante en Cuenca

PINEDO HERMANOS

sacudido en el árbol. No hay profetas; no hay milagros... ¡Sólo Apolo Delfico conoce el secreto de las cosas!

Los soldados entonces, muy despacio, con la cabeza calda, como en una derrota, recogieron a la fortaleza de Cesárea. Fué grande el desconsuelo de Séptimo, por ver que su hija moría sin una queja, mirando el mar Tyro, siendo así que la fama de Jesús, curador de lánguidos males, crecía cada vez más consoladora y fresca, como el aire de la tarde que sopla de Hermón, y a través de los huertos reanima y levanta las azucenas colgadas.

Vivía por ese tiempo, entre Engadim y Cesárea, en una casa arruinada, sumida en lo más oculto de un cerro, una viuda, mujer más desgraciada que todas las mujeres de Israel. Su único hijito, todo tullido, había pasado del magro pecho a que ella le criara a los harapos del podrido jergón, en donde ya llevaba siete años gimiendo y consumiéndose.

A ella también una enfermedad la arrugara dentro de los trapos jamás mudados, dejándola más oscura y torcida que una cepa arrancada. Un día apareció por allí un mendigo, en tró en la choza, repartió de su hatillo con la madre atribulada, y sentado en la piedra del hogar, rascándose las heridas de las piernas, contó de esa grande esperanza de los tristes, de ese Rabi que apareciera en Galilea, que de un pan hacia siete, y amaba a todas las criaturas, y enjugaba todos los llantos, y prometía a los pobres un grande y luminoso reino, de abundancia mayor que la corte de Salomón. La mujer escuchaba con los ojos ávidos. «Y ese dulce Rabi, esperanza de los tristes, ¿en dónde se encuentra?» El mendigo suspiró: «¡Ah, ese dulce Rabi! ¡Cuántos lo deseaban se desesperanzaban! Andaba su fama por toda la Judea como el sol, que hasta por cualquier viejo muro se extiende y se goza; mas distinguir la claridad de su rostro, solo podían aquellos dichosos que elegía su desseo. Tan rico como es Obed, mandó a sus siervos por toda Galilea para que le buscasen a Jesús, y con promesas le trajeran a Engadim; tan soberano. Séptimo destacó a sus soldados hasta la costa del mar, para que buscasen a Jesús, y por orden suya le condujeran a Cesárea. Errando, pidiendo limosna por tantos caminos, halló a los siervos de Obed y luego a los legionarios de Séptimo. Retornaron todos, derrotados, con las sandalias rotas, sin haber descubierto en qué matorral o ciudad, en qué cubil o palacio se escondía Jesús.»

Cala la tarde. Cogió el mendigo su bordón y descendió por el duro camino, entre el brezo y las rocas.

Volvióse la madre a su rincón más encorvada, más abandonada. El hijito entonces, con un murmullo más débil que el rozar de un ala, pidió a la madre que le trajese a ese Rabi que amaba a los niños, aun a los más pobres; sanaba los males, aun los más antiguos. La madre apretó su cabezita desgreñada.

«¡Oh, hijo! Y ¿cómo quieres que te deje y me meta por los caminos en busca del Rabi de Galilea? Obed es rico y tiene siervos que en balde buscaron a Jesús por arenas y colinas, desde Chozarín hasta el país de Moab.

Séptimo es fuerte, y tiene soldados, y en vano corrieron detrás de Jesús desde el Hebrón hasta el mar. ¿Cómo quieres que te deje? Jesús anda muy lejos y nuestro dolor está con nosotros dentro de estas paredes, y dentro de ellas nos ata. Y aunque le encontrase, ¿cómo convencería yo a Rabi tan deseado, por quien suspiran ricos y fuertes para que descendiese a través de las ciudades hasta este desierto, para curar a un tullido tan pobre sobre jergón tan roto?

La criatura, con dos largas lágrimas corriéndole por la faz escurrida, murmuró:

«¡Oh, madre. Jesús ama a todos los pequeñitos. ¡Y yo soy aún tan pequeño y tengo un mal tan pesado! ¡Yo me quería curar!»

Y la madre, sollozando:

«¡Oh, hijo mio; cómo te voy a dejar! Son largos los caminos de Galilea y corta la piedad de los hombres. Tan rota, tan tambaleante, tan triste, hasta los perros me ladrarían desde la puerta de los caseríos. No me atendería nadie. Nadie me enseñaría la morada del dulce Rabi. ¡Oh, hijo! Jesús tal vez muriese... Ni siquiera los ricos y los fuertes le encuentran. Le trajo el cielo, y el cielo se le llevó. Y con él para siempre murió la esperanza de los tristes.»

Por entre los negros trapos, irguiendo sus pobres manecitas, que tembaban, la criatura murmuró:

«Madre, yo quiero ver a Jesús...»

Y al punto, abriendo despacio la puerta y sonriendo, dijo Jesús al niño:

«Aquí estoy.

ECA DE QUEIROZ

NOTICIAS

Mitín.—Para el domingo próximo se proyecta dar en esta capital un mitín de propaganda reformista, al cual asistirán el ilustre orador D. Melquiades Alvarez y nuestro paisano el consul D. Tomás Sierra.

Asociación Nacional de Vinicultores.—Se reciben adhesiones con urgencia para constituirse esta asociación, tan necesaria para la defensa de estos grandes intereses en Madrid, Atocha 118, principal, centro, debiendo hacerse antes del 20 de abril; y siendo la cuota 25 pesetas año. Encarecemos a los vinicultores envíen su adhesión con urgencia.

Durante los días de Semana Santa se espendrán en el acreditado establecimiento *El Candado*, géneros de joyería, relojería y bisutería de innegable calidad y precios sin competencia de la acreditada joyería madrileña La Parisiense de los Sres. Muro hermanos, Carretas 6.

Vacante.—Se halla la plaza de médico titular de Horcajo de Santiago, dotada con 1500 pesetas anuales; término, 30 días

Se venden.—Varias fincas rústicas de labor y una casa en Torralba. Para tratar y detalles, dirigirse a Gabriel Barreda, Calderón, de la Barca, 28. (Camisería madrileña.) Cuenca.

Cuenca: Imp. F. Viejobueno.

LOECHES

PURGANTES — DEPURATIVAS
— ANTIBILIOSAS —

Sales naturales de «La Margarita en Loeches»

AGUA MINERAL NATURAL
PURGANTE — DEPURATIVA

BALNEARIO

Jardines, 15, Madrid

15 Junio a 15 Septiembre. Especialidad: Fiel Hígado, Aparato Digestivo. 60 años de Clínica

Para engordar cerdos

Se trata de un maravilloso invento moderno, importante tanto para los ganaderos y labradores así como para quienes tengan algunos animales y deseen engordarlos, tenerlos lustrosos, sanos, fuertes y libres de enfermedades. Este invento recibe el nombre de

POLVOS - DINAMO

(Marca registrada)

Fijarse bien en el nombre y no confundirse con otros polvos que ofrecen a precios más baratos algunos comerciantes, son una burda imitación que debe rechazarse.

Con una cucharada de POLVOS-DINAMO que no llega a valer cinco centimos, mezclada en la comida de los animales, se obtienen resultados rápidos y sorprendentes, sobre todo en cerdos cuyo peso llega a ser enorme y el tocino exquisito de la mejor calidad.

Léase el prospecto explicativo que llevan los paquetes.
Los POLVOS DINAMO se venden en paquetes cerrados de 1 kilo a 3,75 pesetas y de medio kilo a 2 pesetas.

Todos los paquetes deben estar cerrados y atados con una cuerdecita que se cruza en los extremos y llevan escrito el nombre POLVOS DINAMO (marca registrada).

Los POLVOS-DINAMO se venden en todos los comercios de comestibles y en las Farmacias y Droguerías bien surtidas de España y América.

Depósito en Madrid: E. DUR N(S. en C.) Mariana Pineda, 10. Principales puntos de venta en la provincia: Farmacia y Droguería de Montero, Cuenca. Farmacia y Droguería de Gimeno, Huete. — Farmacia de Madero, Tarancón. — Alfofín Alfaro, Ledaña. — José Riera, Valverde del Júcar, etc. etc.

MARZO 1922

Academia Fernández-Reyes

PARA INGRESO EN EL CUERPO DE CORREOS

DIRIGIDA POR

Don Luis Fernández Reyes

Oficial, Habilitado de la provincia, con la cooperación del profesorado técnico competente

Horas de consulta y matrícula de ocho a diez y de dos a cuatro

PRÓXIMA CONVOCATORIA

Informes gratuitos, gestión de documentos y presentación de solicitudes

En esta Academia aprobaron el previo:

Don Joaquín B. García	Don R. Miguel Llopis	Don Ricardo Carrillo
» José Arguch Ibáñez	» José María Navarro	» Julio Escamilla
» Felipe Culebras	» Santiago Olmedilla	» Luis Sánchez
» Manabén V. Llopis	» Saturnino Sánchez	» Mariano Navio
» Francisco García Polo	» Román Villar	» Virgilio Pérez
» Tomás Priego Lorente	» Evaristo Vadillo	» José Medina
» Adrián Alarcón	» Ramiro Royuela	» Emilio Navarro
» Francisco A. de Sotomayor	» Mariano Triguero	» José Garrote
» Benjamín Carretero	» Juan José Taboada	» Eliseo Valero
» Bernardo González	» José Sánchez	

Obtuvieron plaza

Don Benjamín Carretero	Don Joaquín B. García
» Saturnino Sánchez	» Francisco García Polo
» Román Villar	» Manabén V. Llopis
» Emilio Navarro	» Tomás Priego
» José Garrote	» José A. de Sotomayor

En la convocatoria que se está verificando se van obteniendo los resultados siguientes:

Aprobados en el previo

Don Cándido Martínez	Don Manuel Moreno	Don Darío Castillo
» Virgilio Ruiz	» José María Rodríguez	» David Colliga
» Daniel Calvo	» José Andrés Perona	» Julián Hernández
» Rafael López	» Federico B. Contreras	» Isidro López

Aprobados en el 1.º ejercicio de Oposición

Don Bernardo González	Don Ramiro Royuela
» Juan J. Taboada	» Darío Castillo
» Cándido Martínez	» Virgilio Ruiz
	» Eliseo Valero

TODA LA CORRESPONDENCIA AL DIRECTOR

Clases especiales de Contabilidad y Mecanografía

General Lasso, núms. 13 y 44.-CUENCA

ACNES EXZEMAS REBELDES ALOPECIAS

y casi todas las enfermedades de la piel CURAN con las irradiaciones

ULTRA-VIOLETA

de la lámpara de cuarzo de BAER RAD PASTER

Resultados idénticos a los obtenidos por la lámpara de «Kromayer» utilizada por los especialistas en Dermatología.

Gabinete de irradiación de D. ANTONIO AGERO, Calle del Dr. Chirino, 1, 1.º CUENCA. (De 4 a 6).

Literatura y experiencias técnicas para los compañeros médicos que deseen conocer este nuevo procedimiento.

CASA PICAZO

::: CUENCA Y TARANCÓN :::

TEMPORADA DE INVIERNO 1921-22

Grandiosos surtidos en los ramos

de Tejidos, Confecciones y Pañería

LAS ÚLTIMAS NOVEDADES en Lanería y Sedería para vestidos Terciopelos, Paños, Felpas, Caracules y Rizos para abrigos de señoras y niñas.

DEPOSITO DE ARTÍCULOS DE LOS PIRINEOS.— Géneros en pieza, por metros, y distintos modelos de abrigos para señoras y niños, en los colores y estilos de mayor fantasía.

SUGESTIVA SECCIÓN DE ABRIGOS CONFECCIONADOS PARA SEÑORA, formada por los modelos de más éxito de LA VILLA DE PARÍS, de Madrid, y NEW-ENGLAND, de Barcelona.

Abrigos gabardina de gran actualidad

PAÑERÍA DE COLOR Y NEGRA. Gabardinas confeccionadas. Pajillas impermeables.

HOTEL DE EUROPA
DE
Jose SÁNCHEZ
RIVERA, 2

Frente a la renombrada casa de don Julio Buitrago. VALENCIA

Don Luis Chiva

Veterinario establecido en Minglanilla

Garantiza el tratamiento curativo de las cojeras crónicas en el caballo y demás animales domésticos.

«La Amuebladora»,

DE

FÉLIX NAVARRO

Gran fábrica de camas y muebles de todas clases y estilo. Grandes existencias en camas de madera, despacho, comedores, alcobas y silleras. Colgaduras, divanes y tapicería. Centros y percheros. Muebles de fantasía y última novedad.

NO EQUIVOCARSE!
Esta casa no tiene sucursales | Almacén y despacho: Calderón de la Barca, 18 Talleres: Puente de Palo Cuenca



RELOJERÍA

de L. Redondo
CUENCA

De Alemania, han vuelto a recibirse nuevas máquinas «RAPIDAS CLAES» para hacer medias y se venden en la Relojería de Redondo a precios económicos

Se mandan catálogos de Relojes, Óptica, Máquinas de hacer medias, de escribir, Gramófonos y objetos para regalos.

Abonos completos RADIO-SOL

Fórmula especial para Viñas y Olivos

Enriquece la planta notablemente y proporciona un aumento de fruto extraordinario. ¡Agricultores! No dejéis de usar este Abono Especial con Garantía de Análisis. Nitrato de sosa de Chile para abono de Primavera.

Federico Picazo

Depósito de venta: CUENCA Y TARANCÓN.

Perfumería de Vera. Productos

Peele, Higea, Peca-Cura, Emilman, G. d. Florida, Mirurgia, Piver, Guelle Freres, Hombigant, Cuadray, Dosin, Goti, D'Orsay, Guerlain, Luvin, Danze, y todo lo que exista en el ramo de perfumería. Jabones de las mejores marcas, despacho de la Finísima Colonia, Royal Florida, Victoria de la casa Tomás y canjeo de frascos en esta casa. Vende barato. No confundirse. Junto a las Máquinas Singer. Cuenca.

PENSIÓN MARTÍ

a cargo de Emiliano Real

Antiguo dueño del Hotel Europa. Excelentes habitaciones.—Trato esmerado. Hay ascensor.—Rnzafa, 5. Encima del Teatro y Café Martí.—Valencia.

Nueva Casa de Viajeros de

EMILIO ORTEGA

Situada en el centro de la población.—Servicio esmerado.—Precios económicos.—Amplias habitaciones. Plaza de Cánovas, núm. 13. CUENCA

La Confianza

Nuevo almacén de muebles de Juan Julián González, Herreros, 12, Cuenca

Surtido completo y económico en camas, comedores, silleras, armarios y demás muebles de uso corriente y de lujo. Exposición de muebles con entrada libre para todo el que desee informarse de clases y condiciones.

TALLER DE MARMOLES DE

F. BIETO

Especialidad en trabajos artísticos para cementerios.

Estatuas, sarcófagos, lápidas y panteones.

Calderón de la Barca, 12 y 14.—Cuenca

Manuel Rodríguez

Venta de granos, semillas, pulpa blanca, vinos y aguardientes.

Mariano Catalina, 60 CUENCA

Fábrica de liceres, anisados y jarabes

MONTEAGUDO PALOP

De la Casa Julián Monteagudo

MINGLANILLA

SANTAMARÍA

presenta lo más moderno en

PARA CURAR ó ALIVIAR LA

TOS

TÓMENSE LAS ANTIGUAS Y RENOMBRADAS PASTILLAS PECTORALES DEL Dr. ANDREU

Pidanse en las farmacias

ASMÁTICOS

usad los CIGARRILLOS, PAPELES AZOADOS del mismo AUTOR, que calman el ASMA al instante, por fuerte que sea

VINOS DE MESA DE VIRGILIO MONTES

EN ESTE ALMACÉN

establecido por el cosechero en Cuenca calle de E. Sánchez Vera 31, frente al teatro de La Fraternal y en la entrada del Parque se venden desde una arroba vinos puros de 13 a 14 grados de riqueza alcohólica natural y de fino bouquet.

Vinos que se vuelven

o están expuestos a sufrir alguna alteración de las muchas que hacen decaer el valor de estos caldos se corrigen con el

VINICONSERVADOR

producto enológico preparado con materias químicamente puras y en proporciones exactas ajustadas a las que tolera la ley.

Este producto es completamente inofensivo.

Se aplica después de hecho el vino para corregir o prevenir cualquier alteración, en la proporción de un kilo por cada 250 arrobas de 16 litros.

PRECIO: 14 pesetas el kilo, 7,50 el medio kilo.

Prospectos y pedidos a la Administración de LA INFORMACION AGRÍCOLA: Almirante, 19, Madrid —Apartado núm. 6.

¡AGRICULTORES!

Abonado con nitrato de sosa. Es un abono excelente para toda clase de cultivos. Se vende en todas las casas importantes que se dediquen al comercio de abonos. Informes y folletos gratis para su aplicación dirigiéndose al Comité de Nitrato de Sosa de Chile. Almirante, 19, Madrid.—Apartado núm. 6

ACADEMIA - PENSIÓN PALAFOX

CABALLEROS 17. — CUENCA

Director: DON ANTONIO BENÍTEZ, Farmacéutico

Grandes reformas.—Competente profesorado.—Abierta todo el año.—Sección especial para señoritas.—Resultado brillante en todos los exámenes.—Esta Academia es la más antigua de Cuenca.

Reglamentos y noticias pídanse a su Director

CAMISERIA MADRILEÑA

DE Gabriel Barreda

28, CALDERON DE LA BARCA, 28

Casa especial en encargos a la medida.

Perfumería, Corbatería, Confecciones de ropa blanca para señoras y niños.

LA ESPAÑA

ALMACÉN DE COLONIALES

DE Manuel Caballer

Mariano Catalina 29, T. 5.—Cuenca

ANTISARNICO

«Montero Laguna,,

NOVÍSIMO TRATAMIENTO DE LA SARNA

FRASCO, 5 PESETAS

Preparado en la Farmacia de P. Montero Laguna